

HOY: 2 de JUNIO del 2008



DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-
ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

-

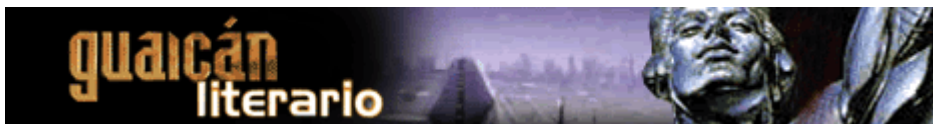
Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

<http://www.cubaunderground.com>

-

El sitio web del Fantástico Cubano



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>



Editores:



Darthmota.



Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de
ciencia ficción y fantasía.

espiral@centro-onelio.cult.cu ,
espiralgrupo@yahoo.es

Anabel Enríquez István Bent
Juan Pablo Noroña Coghan
Leonardo Gala Raúl Aguiar

Portada: Deunan y Briareos.

Universo: Applesed.

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Aldous Huxley.
2. Artículo: El taoísmo en los universos de Ursula K. Le Guin, Anabel Enríquez Piñeiro.
3. Cuento Clásico: Espigadores, Clifford D. Simak.
4. Cuento made in Cuba: Mr. Truman y Dr. Lewis, Abel Ballester.
5. Entrevista: Julián Diez.
6. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

La felicidad es un patrón muy duro, especialmente la felicidad de los demás. Un patrón mucho más severo, si uno no ha sido condicionado para aceptarla, que la verdad.

Aldous Huxley.

Un Mundo Feliz.

AL INDICE

ARTICULO: El taoísmo en los universos de Ursula K. Le Guin.

Por Anabel Enríquez Piñeiro

Este breve artículo intenta acercarse a la obra y el pensamiento de una de voces y las plumas más sólidas de todos los tiempos y lugares en el género fantástico, tanto desde la mirada acuciosa y extrapolativa de la ciencia ficción como desde la fabuladora y proyectiva de la fantasía. Brevemente, porque las palabras son siempre fuente de mal entendidos, o para expresarlos en términos taoístas: “*el tao que puede ser expresado no es el verdadero Tao*”, hablaremos sobre la literatura escrita por Úrsula K. Le Guin, autora californiana que ha dado a los lectores títulos como *La mano izquierda de la oscuridad*, *El mundo de Roccannon*, *Los desposeídos*, *El relato*, y la pentalogía de la saga de *Terramar*, entre muchos otros memorables.

Úrsula Kroeber nació en Berkeley, California, el 21 de octubre de 1929. Hija de antropólogo y maestra, inclinados a los estudios de etnología, creció en un ambiente imaginativo, de búsqueda y comprensión de las diversas culturas, de indagación y respeto al otro. En 1951 se graduó en Artes y obtuvo una maestría en Literatura del Renacimiento Francés e Italiano en la Universidad de Columbia, de la que se graduó un año después. Viajó a Francia, donde conoció a Charles A. Le Guin, profesor de Historia Francesa en el Portland State College, Oregon, y se casó con él. Tuvo tres hijos: Elizabeth, Caroline y Theodore, y varios nietos. Actualmente, a sus 78 años vive en Oregón, donde imparte talleres literarios en un bosque cerca de su casa. (19,21)

He leído varios artículos sobre la presencia del Taoísmo en la obra de Le Guin. La mayoría de las aseveraciones se sustenta en las propias declaraciones de la autora; en el hecho de que, a finales de los noventa, diera voz anglosajona a una nueva y muy completa traducción del *Tao Te King* de Lao Tsé, en la que trabajó por más de 40 años; o incluso en los aspectos estilísticos: la cadencia de su ritmo, el lirismo de su lenguaje o la serenidad de su prosa. De cualquier modo, aunque todos argumentos válidos, se quedan en una interpretación de lo formal y lo externo, muy lejano, a mi entender, del auténtico pensamiento taoísta de Úrsula Le Guin. Pocos logran entender que el viaje de su mano es un viaje que no bordea el muro, sino que lo traspasa, busca la otra orilla, los opuestos, los contrarios: sea el anarquismo y el

capitalismo, lo femenino y lo masculino, la sombra y la luz, el bien y el mal. Sus obras narran más que el enfrentamiento, la complementariedad. No es extraño entonces, que a la hora de ubicar libros como “La mano izquierda de la oscuridad”, “Los desposeídos” o “El relato”, las palabras resulten imprecisas : “utopía ambigua”, “utopía distópica”, o cualquier otro término que fracasa en atrapar un concepto que se refiere a un proceso, un constante intercambio, unidad y lucha de contrarios. Y es que después de todo, “Es bueno que el viaje tenga un fin, pero al fin es el viaje lo que importa”.(8)

Le Guin, por otra parte, ha declarado su inspiración en la historia de la civilización china y en más de una ocasión. Su novela “El relato”, publicada en el año 2000, bebe directamente de las experiencias sociales ocurridas a los seguidores de taoísmo durante la revolución cultural china, sin burdas e innecesarias extrapolaciones.(10) Su obra, “Los Desposeídos”(9), una obra profundamente taoísta, no estuvo concebida en el inicio con esa intención consciente por parte de la autora. La fuente principal de la que UKL se nutre para generar la historia son sus estudios sobre el anarquismo o la utopía pacifista-anarquista de Paul Goodman- a quien dedica un relato vinculado a la novela- y fue esta la base de la filosofía Odoniana. Cito a la autora, en el prefacio al cuento “El día antes de la revolución”:
“El odonianismo es anarquismo. No el que roba llevando un bomba en el bolsillo, el que - cualquiera sea el nombre con que el quiera darse lustre - es terrorismo puro y simple; ni el libertarismo socio-darwinista de derecha; sino el anarquismo prefigurado en el primer pensamiento taoísta, y anticipado por Shelley y Kropotkin, por Goldman y Goodman. El principal enemigo del anarquismo es el Estado autoritario, sea capitalista o socialista; su principal componente práctico-moral es la cooperación (solidaridad, apoyo mutuo). De todas las teorías políticas es la más idealista y para mí la más interesante. Introducirlo en una novela, cosa que en principio no era mi intención, fue para mí un trabajo duro y largo, y me absorbió completamente por varios meses. Cuando lo terminé me sentí perdida, exiliada: una persona sin patria. Porque fue muy gratificante cuando Odo salió de las sombras brumosas de la probabilidad y quiso que escribiese un relato no sobre el mundo de la ley realizada sino sobre su ley misma”. (3) Los Desposeídos es, por otra parte, una novela escrita en plena efervescencia del movimiento pacifista, contra la guerra de Viet Nam, que sacudió los cimientos de la sociedad norteamericana y su capitalismo industrial.

En la obra de Le Guin la construcción del universo, aunque coherente y sinérgica, es más escenario que protagonista, tanto en la saga de los Hainish, como en Terramar. Sus personajes, son el eje del relato. Pero sus personajes no filosofan largamente sobre el taoísmo, o un similar en los diversos mundos del Ecumen o en las múltiples islas de Terramar, no tratan de atraparnos en una doctrina expuesta en diálogos asimovianos. El pensamiento taoísta está en la semilla misma de las historias, en la construcción del viaje interior de cada protagonista, está en la esencia y no en la apariencia, pues “Desde el no-ser comprendemos su esencia; y desde el ser, sólo vemos su apariencia”.(12) Algo que todavía muchas personas que escribimos para el género, o para la literatura en general, no hemos aprendido a hacer, porque inteligencia y sabiduría en ocasiones, no solo pueden ir divorciados por la vida, sino que incluso pueden llegar a ser antónimos. Sabiduría, y una sabiduría muy antigua, como los mismos Hainish, es lo que brota de cada historia de Le Guin.

Seducida por la búsqueda de la puerta de toda maravilla, sus libros intentan revelar una parte de esa identidad misteriosa que atesora el nombre auténtico del universo. (“Su identidad es el misterio. Y en este misterio se halla la puerta de toda maravilla” (12)) Cuando leemos “El poder los nombres”, “La palabra que libera” (ambos de 1964), o cualquiera de las novelas de Terramar se hace muy perceptible en la construcción del mundo y en la concepción de la magia, el acercamiento de la autora una de la primeras expresiones del Tao Te King: “El nombre que se le puede dar no es su verdadero nombre.”(12), pues justamente en el valor arquetípico de los nombres, falsos o verdaderos, se centra el poder mágico en Terramar: “Saber el nombre de algo o de alguien en la Lengua Verdadera es tener el control sobre ese alguien o ese algo...” (“El poder de los nombres” (13)) Este tema del nombre aflora en sus obras de ciencia ficción. Recordemos en “Los Desposeídos” la presencia de una máquina que pone nombre a los anarrestis, para que nunca hubiera dos con igual designación hasta que su portador muriese, porque el nombre define la singularidad. Hay también en “Los Desposeídos” un axioma taoísta que Le Guin integra a la fábula y lo personifica. El concepto de vacío. “Se moldea la arcilla para hacer la vasija, pero de su vacío depende el uso de la vasija. Se abren puertas y ventanas en los muros de una casa, y es el vacío lo que permite habitarla. En el ser centramos nuestro interés, pero del no-ser depende la utilidad.”(12) Es tal vez por ello que Shevek, viene y

vuelve de Anarres con las manos vacías. No es solo por lo aparente de lo que no posee; sino porque en la esencia, el vacío de sus manos está lleno de utilidad. (9)

En “La mano izquierda de la oscuridad” la autora traza una sociedad determinada por la dualidad sexual de los habitantes de Gueden/Invierno. ¿Feminismo, enfoque de género, actitud anti-homofóbica? Todo eso ha sido subrayado por críticos y lectores. “La mano...” sin embargo, es principalmente la puesta en escena del principio Taoísta sobre la unidad de los opuestos, capaces de dar cabida a ambos: Ying-Yang, en un solo cuerpo. “Quien conoce su esencia masculina, y se mantiene en el principio femenino, es como el arroyo del mundo”.(12) La mente terrestre, representada en Genli Ai, limitada a la lógica formal, imposibilitada de asumir la existencia dentro de su consciencia de ambas naturalezas, queda emplazada en esta novela cuando se hace externo y corpóreo una limitación de nuestro pensamiento racional occidental. (8) El título de esta obra es ya una declaración filosófica, pues, “Para los grandes acontecimientos el sitio de honor es la izquierda” (12)

Nadie a acusado nunca a Lao Tsé de que su pensamiento fuera femenino, o de que en última instancia era una mujer y no un hombre quien escribiera el Tao Te King. Sin embargo su presencia en la obra de Le Guin es un argumento para escritores del género que declaran que Le Guin hace una ciencia ficción feminista, una ciencia ficción que por demás, debe ser evaluada aparte. Por supuesto que no estamos hablando de los autores que realmente han trascendido para el género, ni de los investigadores y universidades que han tomado seriamente el estudio de la ciencia ficción y la literatura fantástica, para quienes la presencia de Le Guin dentro del género no es imprescindible por corrección de género, como detalle exótico o por benevolencia patriarcal, sino porque su obra es un hito ineludible (por supuesto que no el único) sin el cual no fuera la ciencia ficción actual lo que es. Las declaraciones de la autora sobre su intención de escribir como mujer, especialmente a partir de la cuarta entrega de Terramar es lo que han dado el espaldarazo a la teoría de la ciencia ficción femenina (literatura, si es posible, aún más menor) como una derivación poco importante del “cuerpo robusto y central de la ciencia ficción- léase entonces ¿masculina?-”. Le Guin explica el cambio así: “Lo que pasó entre La costa más lejana y Tehanu fue que renació el feminismo y pasaron diecisiete años. Aprendí a escribir como mujer, dejé de imitar a los hombres. Terramar es un lugar muy diferente desde el punto de vista de una mujer. Todo lo que tenía que hacer era describir el archipiélago desde

los que no tenían poder: mujeres, niños y un mago que había perdido su poder para convertirse en un hombre común”. (1)

No es de extrañar por tanto que Úrsula K. Le Guin y Hayao Miyazaki se hayan encontrado en sus respectivos viajes y en ese punto de encuentro hayan intercambiado sobre sus obras y su filosofía. Y que a él confiara ella la realización audiovisual de la saga de Terramar (algo que UKL solo había tenido como experiencia en “The Lathe of Heaven”, en 1979, y con la poco exitosa y deformada versión de Terramar hecha por SciFiChannel). Adaptación que finalmente fue llevada a vía de hecho por el hijo del director japonés, Goro Miyazaki. Si bien el resultado de tal intercambio tampoco fue el esperado por los fanes de Terramar, y mucho menos por los de Miyazaki (¿o viceversa?), tampoco es de extrañar que un realizador oriental escogiera como línea central de su guión, de entre las 5 novelas de esta saga, aquella más introspectiva y densa (Tehanu), algo que acordemos, no es asunto que se sienta muy a gusto con la animación, ni siquiera con el audiovisual en general. (17, 14)

Tras 6 libros de poesía, 20 novelas (varias de ellas fuera de los dos grandes ciclos como es el caso de “La Rueda Celeste” (1971), “El Ojo de la Garza” (1983) y “El Eterno Regreso a Casa” (1985)) , más de 100 cuentos cortos recogidos en 11 volúmenes, 11 libros infantiles, donde su saga de “Alas de Gato ” es la preferida de muchos de los lectores más jóvenes y 4 colecciones de ensayos. Tras la experiencia de ser tres veces finalista en el American Book Award y el premio Pulitzer, y ganar en varias ocasiones el National Book Award, 5 premios Hugo, 5 premios Nébulas, el Grand Master de la SWFA, el Kafka Award, el Pushcart Prize, el Howard Vursell Award de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y el premio Robert Kirsch Award del L.A. Times, Ursula K. Le Guin declara que cada día se aleja más de los que piensan que el arte es una competencia por la fama, el dinero y los premios. Lo único que importa es el trabajo”. (14) Como el principio taoísta de “destacar porque no se exhibe, brillar porque no se guarda, merece honores, porque no se ensalza (...) Y retirarse de la obra acabada, del renombre conseguido, como demanda la ley del cielo.”(12)

Bibliografía consultada:

1-Enríquez, Mariana. “La utopía según Úrsula”, en Diario Página 12, Argentina, 09/07/04

- 2- LeGuin, Ursula K. "Cuentos de Terramar", Ediciones Minotauro, 2002
- 3- -----"El día antes de la revolución", cuento, edición digital. Sadrac
- 4- -----"El nombre del mundo es bosque", Antología de Premios Hugo 1973-1975, Martínez Roca, 1988
- 5- ----- "El otro viento"- Ediciones Minotauro, 2004
- 6- -----"Historias de Terramar I – Un mago de Terramar- Las tumbas de Atuan-" Ediciones Minotauro, 2003.
- 7 - ----- "Historias de Terramar II – La costa más lejana- Tehanu" Ediciones Minotauro, 2005.
- 8- ----- "La mano izquierda de la oscuridad", Ediciones Minotauro, 2002
- 9- ----- "Los desposeídos". Ediciones Minotauro, 2002
- 10-Pestarini, Luis. "EL RELATO, de Ursula K. Le Guin", artículo digital publicado en Revista Cuasar
- 11- Piñeiro, Gustavo. "Cronología del universo Haini", artículo digital publicado en blog *Asimovia Guinea*, 25/01/2006.
- 12- Lao Tse "Tao Te King" Fragmentos- Librosdot.com
- 13- Los mejores relatos de fantasía II. Edición digital de Umbriel. Junio de 2002.
- 14- Informativo Estronia # 33, 2006.
- 15- <http://www.ursulakleguin.com>
- 16-<http://www.ciencia-ficcion.com/>
- 17- <http://www.espejosdelarueda.org/>
- 18- <http://www.tercerafundacion.net/>
- 19-http://es.wikipedia.org/wiki/La_mano_izquierda_de_la_oscuridad"
- 20- <http://eltaodeinternet.blogspot.com/2004/03/ursula-le-guinthe-lathe-of-heaven.html>,
- 21- <http://laliteraturadelofantastico.blogspot.com/2007/07/ursula-k-le-guin.html>

Anabel Enriquez Piñeiro

Licenciada en Psicología, cursa el Master en Ciencia de la Comunicación Trabaja como especialista de Marketing y Publicidad. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Miembro fundador del Taller de Creación Literaria Espiral de Ciencia Ficción y Fantasía, hoy Grupo de Creación ESPIRAL del género Fantástico. Ha cursado el Taller de Narrativa Fantástica Quásar Dragón y el Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso (2004-2005). Es ganadora de los premios Calendario de Ciencia Ficción 2005 y Juventud Técnica 2005.

AL INDICE

3 . CUENTO CLASICO: ESPIGADORES

Por Clifford D. Simak.

1

Pasó subrepticamente ante la puerta.

Los caracteres grabados en la placa atornillada al batiente anunciaban:
Vicepresidente Ejecutivo a Cargo de los Proyectos.

Y en el ángulo inferior izquierdo, en letras muy pequeñas: *Hallock Spencer.*

El era Hallock Spencer.

Pero, por supuesto, no iba a pasar por aquella puerta. Ya tenía bastantes problemas. Había gente esperando al otro lado; nadie en particular... pero gente trayendo cada uno de ellos su problema consigo.

Dobló una esquina del corredor y dio un par de pasos hasta detenerse ante otra puerta rotulada: *Privado.*

No estaba cerrada con llave. Entró.

Un individuo con aspecto de espantapájaros, vestido con una descolorida y polvorienta toga, estaba sentado en un sillón, con los pies, calzados con unas sandalias, puestos sobre el escritorio de Hallock Spencer. Su pelado cráneo estaba cubierto con un gorro de lana color gris rata, del que emergían unas orejas parecidas a alas. Una espada colgaba del cinturón que cerraba la toga, con la punta apoyada en la moqueta. Las uñas de sus dedos, bastante largas, estaban de luto, y no se había afeitado en varios días. En conjunto ofrecía una horrorosa impresión.

- Hola, E.J. - dijo Spencer.

El hombre de la toga no retiró sus pies de la mesa. Ni siquiera hizo el menor gesto.

- Siempre entrando de incógnito - dijo.

Spencer colocó su cartera portadocumentos sobre la mesa y colgó su sombrero.

- La sala de espera es un verdadero barullo - observó. Se instaló en el sillón que había tras el escritorio y tomó el programa de proyectos para echarle una mirada.

-¿Qué es lo que no funciona, E.J., para que estén tan pronto de regreso? - inquirió.

- Aún no he empezado. Todavía faltan dos horas.

- Aquí dice - Spencer señaló el programa con su dedo índice - que eres un negociante romano.

- Exactamente - respondió E.J.- Al menos, eso es lo que afirman los chicos de Vestuario. Espero que estén en lo cierto.

- Pero la espada...

- Muchacho - exclamó E.J.-, en la Bretaña romana, llevando un montón de animales llenos de mercaderías, cualquier hijo de vecino necesita la protección de un buen trozo de acero.

Se inclinó para tomar la espada y la situó entre sus piernas, mirándola con aire disgustado.

- Pero no te ocultaré que, como arma, no es que sea lo mejor del mundo.

- Imagino que estarías mucho más a gusto con una metralleta.

E.J. asintió con la cabeza.

- Tú lo has dicho.

- A falta de nada mejor - dijo Spencer -, hacemos todo lo que podemos. Puedo asegurarte que llevas encima el mejor acero de todo el siglo **II**, sí eso te tranquiliza.

E.J. seguía sin moverse, con la espada entre sus piernas. Parecía a punto de decir algo... se leía en su rostro. Su aspecto no era de los mejores, con su poblado bigote, sus largas orejas y los pelos que surgían de ellas.

- Hal - dijo por fin -, quiero dejar esto.

Spencer se envaró en su silla.

-¡No puedes hacerlo! El Tiempo es la esencia misma de tu vida. ¡Hace años que estás nadando en él!

- No estoy hablando de dejar el Tiempo, sino el Arbol Genealógico. Estoy harto.

-¡No sabes lo que estás diciendo! - protestó Spencer -. El Arbol Genealógico no tiene nada de malo. Has hecho cosas mucho más difíciles. Todo lo que tienes que hacer es retroceder, charlar con la gente y quizá consultar algunos archivos. Ningún peligro.

- No es esta parte la que me fastidia - explicó E.J.-. De acuerdo, el trabajo es fácil. Lo malo es cuando vuelvo.

-¿Quieres decir la Wrightson-Graves?

- Exactamente. Después de cada viaje me llama a sus choza de Gresus, y hace que se lo cuente todo sobre sus antiguos antepasados...

- Tiene un contrato importante con nosotros. Debemos llevarlo a cabo.

- No lo podré soportar mucho tiempo más - insistió tercamente E.J.

Spencer inclinó la cabeza. Sabía exactamente a lo que se refería E.J. Experimentaba casi los mismos sentimientos,

Alma Wrightson-Graves era una vieja y aristocrática viuda de engolado porte que creía, equivocadamente por supuesto, haber conservado lo mejor de su encanto de jovencita. Forrada de dinero, siempre iba repleta de joyas demasiado caras y ostentosas como para ser de buen gusto. Desde hacía años avasallaba con gritos y dinero a todos aquellos que la rodeaban, con la autoconvicción de que no había nada en el mundo que no pudiera conseguir... pagando su precio.

Y pagaba a manos llenas por su árbol genealógico. Spencer se preguntaba a menudo por qué deseaba tanto conocerlo. Retroceder hasta la Conquista bueno... era algo que tenía al menos un cierto interés. Pero no hasta la edad de las cavernas. No se trataba de que *Pasado & Cía.* no pudiera ir tan lejos como eso, mientras ella pagara la tarifa. Pensó con una perversa satisfacción que no debía estar muy orgullosa de los últimos informes, ya que su antigua familia había caído en un abyecto servilismo.

Transmitió sus pensamientos a E.J.

-¿Qué es lo que está buscando? – preguntó -. ¿Qué espera?

- Creo que tiene esperanzas de encontrar alguna rama de su árbol entre los romanos - dijo E.J.-. Confío en que no logremos probárselo, ya que de otro modo la cosa no va a tener fin.

Spencer gruñó algo por lo bajo.

- Nunca se puede estar seguro de nada - advirtió E.J.-. Con la falta de moralidad de los oficiales romanos, no apostaría nada en contra.

- Si ocurre esto, te prometo relevarte de este proyecto. Pondré a algún otro en las investigaciones en Roma. Le diré a la Wrightson-Graves que no estás preparado para ir a Roma, que tienes algún tipo de inhibición o una alergia psíquica que escapa a todo adiestramiento.

- Muchas gracias - dijo E.J., sin el menor entusiasmo. Quitó, uno tras otro, sus

polvorientos pies de encima del pulido escritorio y se levantó.

-¿Sí, Hal?

- Hay una pregunta que quería hacerte. ¿No has encontrado nunca ningún lugar en el que te hubiera gustado vivir? ¿No te has preguntado nunca si deberías quedarte allí y no regresar?

- Si, imagino que sí. Una o dos veces quizá. Pero nunca he cedido a la tentación ¿Estás pensando en Garson?

- En Garson, sí. Y también en los demás.

- Quizá le haya ocurrido algo. A veces uno se encuentra metido en algún lío. Basta con cometer algún desliz grande. O que lo cometa el operador.

-¡Nuestros operadores no cometen nunca errores! - dijo secamente Spencer.

- Garson era un buen elemento - dijo E.J. con un deje de tristeza.

-¡Garson! ¡No se trata sólo de Garson! Todos los demás... - Spencer se interrumpió bruscamente, ya que tropezaba de nuevo con el mismo escollo. No importaba el punto de vista que adoptara, jamás llegaría a adaptarse a aquella idea... la disparidad del Tiempo.

Se dio cuenta de que E.J. le miraba fijamente, con un ligero fruncimiento de los labios que no era exactamente una sonrisa.

- No te dejes roer por eso - dijo E.J.-. No eres el responsable. Cada uno de nosotros corre con sus riesgos. Si no valiera la pena...

- ¡Oh, cállate!

- De acuerdo - prosiguió E.J.-, pierdes algunos de nosotros de tanto en tanto. Pero no es peor que en cualquier otro trabajo.

- No se trata exactamente *de tanto en tanto* - respondió Spencer -. Han sido tres en los últimos diez días.

- Veamos... - dijo E.J., pensativo -. Me pierdo. Garson fue hace dos días. Y Taylor... ¿cuándo fue Taylor?

- Hace cuatro días

-¿Cuatro días? - repitió E.J., impresionado -. ¿Tan sólo cuatro días?

-¡Para ti, puede que haga tres meses o más! - gimió Spencer -. ¿Y recuerdas a Price? Para ti quizá fue hace un año, ¡pero para mí fue apenas hace diez días!

E.J. se rascó los pelos de la barba con su sucia mano.

-¡Dios, cómo pasa el tiempo!

- Escucha - dijo Spencer con tono lastimero -, todo esto ya es bastante feo. Te agradecería que no bromearas.

-¿Acaso Garside te está reprochando algo? ¿El perder demasiados hombres?

-¡No! - gritó Spencer amargamente -. Siempre pueden encontrarse nuevos hombres. Son las máquinas lo que le preocupan. No deja de recordarme que cada una de ellas vale un cuarto de millón de dólares.

E.J. emitió un ruido ofensivo con los labios.

-¡Lárgate! - aulló Spencer -. ¡Y trata de volver!

E.J. esbozó una sonrisa y salió, haciendo ondular su toga con un movimiento de caderas marcadamente femenino al cruzar el umbral.

2

Spencer se dijo que E.J. estaba equivocado. Si alguien podía reprocharle algo, este alguien era él mismo, Hallock Spencer, el responsable. Era él quien dirigía aquel trabajo infernal. El establecía los programas y los horarios. Los adjudicaba a los viajeros, y luego los expedía. Cuando se producía algún fallo, algún problema, él era quien tenía que responder de él.

Empezó a pasear arriba y abajo por el despacho, las manos a la espalda.

Tres hombres en los últimos diez días. ¿Qué les había ocurrido?

Quizá Garside no estuviera tampoco completamente equivocado... Christopher Anson Garside, coordinador en jefe. Un tipo difícil de tratar, con su bigote gris cortado al milímetro, su voz gris y cortante, sus pensamientos grises de hombre de negocios.

Ya que los hombres representaban no solamente vidas sino también el potencial de instrucción y de experiencia que les había sido proporcionado. Spencer pensó que en el mejor de los casos no duraban más que un corto lapso de tiempo antes de hacerse matar en alguna parte del pasado o decidir establecerse en una época que les pareciera más agradable que la actual.

Y había que tener en cuenta también las máquinas.

Cada vez que un hombre no volvía, se perdía al mismo tiempo un transportador. Y era cierto que los transportadores valían un cuarto de millón cada uno... un pequeño detalle

imposible de olvidar por completo.

Spencer se sentó de nuevo ante su escritorio y consultó otra vez el programa del día. Estaban E.J., en ruta hacia la Bretaña romana para el proyecto Arbol Genealógico. Nickerson, hacia principios del Renacimiento italiano, para obtener una vez más información acerca del tesoro desaparecido del Vaticano. Hennessy, siempre en busca de documentos perdidos en la España del siglo **XV**. Williams, que esperaba terminaría por echarle mano al Picasso perdido, y una media docena más. No era un programa muy cargado. Pero bastaba para alimentar una buena jornada de trabajo.

Controló los hombres que no figuraban en la lista de proyectos. Dos de ellos estaban de vacaciones. Otro en Readaptación. Adiestramiento se encargaba de los demás.

Y, por milésima vez, se preguntó qué efecto causaba realmente el viajar por el Tiempo.

Tenía algunas nociones al respecto por mediación de los viajeros, pero nada más. No hablaban mucho de ello. O quizá lo hicieran a solas, entre ellos, sin testigos. O tal vez simplemente no hablaran. Como si nadie pudiera describirlo exactamente. O tal vez como si se tratara de una experiencia de la que no se debía hablar.

Una sensación de irrealidad, el sentimiento de hallarse desplazado, de no pertenecer al universo, de hallarse de algún modo sobre la punta de los pies en el más lejano borde de la eternidad.

Una sensación que iba pasando un poco con la costumbre, por supuesto, pero que parecía que nadie estuviera exento de ella. Ya que el pasado, bajo la misteriosa acción de un principio aún desconocido, constituía un mundo de salvaje encanto.

Sí, él había tenido también su oportunidad, y había fallado.

Pero algún día, se prometía, se sumergiría en el Tiempo. No como un viajero profesional, sino como turista... si conseguía alguna vez reunir el dinero necesario para preparar una expedición. El viaje en sí importaba menos que el Adiestramiento.

Observó de nuevo la lista para echarle una última ojeada. Todos los que partían aquel día eran profesionales cualificados. No tenía que preocuparse por ellos.

Colocó a un lado las listas y llamó a la señorita Crane.

Era una secretaria perfecta, aunque la naturaleza no la hubiera agraciado excesivamente. Ya mayor, de piel apergaminada... actuando siempre a su modo y

permitiéndose el lujo de mostrarse a veces duramente reprobadora.

Spencer no la había escogido por sí mismo, sino que la había heredado, quince años antes. Estaba ya al servicio de *Pasado & Cía.* antes incluso de la creación de la Oficina de Proyectos. Y pese a su físico poco llamativo, a su actitud seca y a su visión más bien pesimista de la vida, era indispensable.

Conocía la naturaleza de los proyectos tan bien como él mismo. A veces se lo daba a entender. Pero jamás olvidaba nada, jamás perdía nada, jamás cometía errores. La oficina funcionaba a la perfección: cumplía con todos sus trabajos, y siempre en los plazos fijados.

Spencer, que soñaba de tanto en tanto en una sustituta más joven y apetecible, sabía muy bien que aquello no era más que un sueño. Jamás podría realizar su trabajo sin la presencia de la señorita Crane en la habitación contigua.

- Ha entrado de nuevo sin que le vieran - acusó apenas hubo cerrado la puerta.

- Imagino que hay alguien en la sala de espera.

- Un tal doctor Aldous Ravenholt, de la Fundación para la Humanidad.

Hizo una mueca. No había peor manera de iniciar la mañana. Un pretencioso funcionario de la Humanidad. Aquella gente imaginaba siempre que se les debía algo.

- Y un tal Stewart Cabell. Un candidato enviado por la Oficina de Personal. Señor Spencer, no crea...

- No, yo no creo - cortó Spencer -. Sé que Personal está contento. Pero hasta ahora he aceptado sin más a todos los que me han enviado, y ya ve lo que está ocurriendo. Tres hombres desaparecidos en los últimos diez años. A partir de ahora examinaré personalmente a todos los que se presenten.

Ella bufó. Un bufido de lo más desagradable.

-¿Y eso es todo? - preguntó Spencer, diciéndose que no podía tener tanta suerte... tan sólo dos.

- Hay también un tal señor Boone Hudson. Un hombre ya mayor, que parece enfermo e impaciente. Quizá debiera recibirlo el primero.

Spencer podía haberlo hecho, pero nunca después de lo que ella acababa de decir.

- Recibiré primero a Ravenholt - dijo -. ¿Tiene alguna idea de lo que quiere?

- No, señor.

- Bueno, hágalo entrar. Probablemente intentará sacarme una tajada de Tiempo.

«Los marrulleros», pensó. «No sabía que hubiera tantos.»

Aldous Ravenholt era un hombre presuntuoso, satisfecho de sí mismo e incluso presumido. El pliegue de su pantalón hubiera podido servir para cortar mantequilla. Su apretón de manos era profesional, y su sonrisa automática. Se sentó en el sillón que le señaló Spencer con una irritante seguridad.

- He venido a hablarle – anunció - de la investigación sobre los orígenes religiosos que actualmente es objeto de una proposición oficial.

Spencer hizo mentalmente una mueca. Aquel tema tocaba uno de sus puntos sensibles.

- Doctor Ravenholt – respondió -, se trata de un asunto al que he dedicado toda mi atención. Y no solamente yo, sino también todo mi servicio.

- He oído decirlo - observó secamente Ravenholt -. Este es el motivo de mi presencia aquí. Creo comprender que usted ha decidido provisionalmente no darle curso.

- No provisionalmente - respondió Spencer -. Nuestra decisión ya ha sido tomada. Y me pregunto cómo lo ha sabido usted.

Ravenholt agitó afectadamente su mano, como para indicar que había muy pocas cosas de las que él no estuviera informado.

- Presumo que el asunto puede ser aún discutido.

Spencer negó con la cabeza.

Ravenholt adoptó un tono glacial.

- No acabo de comprender cómo puede usted interrumpir tan sumariamente una investigación tan motivada y tan esencialmente interesante para toda la humanidad.

- No sumariamente, doctor. Le hemos dedicado mucho tiempo. Hemos procedido a sondeos de opinión. Hemos hecho establecer un estudio en profundidad por nuestro Servicio Psicológico. Hemos tenido en cuenta todos los factores.

-¿Y sus conclusiones, señor Spencer?

- En primer lugar - dijo Spencer, que iba irritándose gradualmente -, nos ocuparía demasiado tiempo. Como usted sabe, nuestra licencia estipula que debemos conceder un diez por ciento de nuestro tiempo a proyectos de interés público. Nos doblegamos meticulosamente a esta norma, aunque debo confesarle que nada nos causa mayores quebraderos de cabeza.

- Pero ese diez por ciento...

- Si adoptáramos el proyecto sobre el que usted insiste, doctor, ocuparíamos todo nuestro tiempo de interés público al menos durante varios años. Lo cual eliminaría cualquier otro programa.

- Pero debe reconocer usted que le será difícil encontrar alguna otra propuesta que comporte un más amplio interés público.

- No es esa nuestra conclusión - observó Spencer -. Hemos procedido a sondeos de opinión en todas las regiones de la Tierra, a todos los niveles posibles. Y hemos llegado a la noción de... sacrilegio.

- ¡Está usted bromeando, señor Spencer!

- En absoluto. Nuestras listas de opinión muestran de forma clara que toda tentativa de investigación sobre los orígenes de las religiones mundiales sería considerada por el gran público como sacrilegio. Usted y yo podríamos ver sin lugar a dudas tan sólo una investigación. Conseguiríamos eliminar todas nuestras dudas sosteniendo que no buscábamos ni más ni menos que la verdad. Pero las poblaciones del mundo - las gentes sencillas, ordinarias - pertenecientes a todas las fes, a todas las sectas del mundo, no desean conocer la verdad. Temen que esto altere un montón de tradiciones antiguas y cómodas. Califican esto de sacrilegio, y en parte es exacto, por supuesto, pero también es una reacción instintiva de defensa contra cualquier alteración de su modo de pensar. Tienen una fe a la que agarrarse. Hace muchos años que les sirve, y no quieren que nadie la toque.

- ¡Sencillamente, no puedo creerlo! - dijo Ravenholt, alterado ante aquel ciego chauvinismo.

- Tengo las cifras a su disposición.

El doctor Ravenholt hizo ondular su mano en un gesto condescendiente.

- Desde el momento en que usted lo dice, lo creo.

No quería correr el riesgo de que le demostraran que estaba en un error.

- Otra consideración - prosiguió Spencer -: la objetividad. ¿Cómo elegir a los hombres que habría que enviar para estudiar los hechos?

- Estoy seguro de que los encontraríamos. Existe un gran número de miembros de las congregaciones, de todas las fes y creencias, que estarían ampliamente cualificados...

- Esos son precisamente a quienes primero eliminaríamos. Necesitamos objetividad.

Idealmente, el hombre que necesitaríamos no debería tener el menor interés en la religión, no poseer la menor instrucción religiosa, no estar ni en pro ni en contra... y por lo tanto no sabríamos cómo emplear un tal hombre, aunque lo encontráramos. Ya que, para comprender su trabajo, necesitaría una formación lo suficientemente avanzada como para inculcarle la idea de lo que debería buscar. Una vez formado, perdería evidentemente su objetividad. De todas las religiones se desprende algo que obliga a adoptar una postura.

- Bueno, usted está hablando de una investigación ideal, no de la nuestra - dijo Ravenholt.

- Bien, si usted lo quiere así - admitió Spencer -. Digamos que decidimos realizar un trabajo superficial. ¿A quién enviamos? Le hago a usted la pregunta: ¿hay un solo cristiano - por frío que sea en materia de religión - al que podamos enviar con seguridad a la época en que Jesucristo vivía sobre la Tierra? ¿Cómo podríamos tener la seguridad de que incluso los más mediocres cristianos no harían nada más que observar los hechos? Se lo repito, doctor Ravenholt, es un riesgo en que no querríamos incurrir. ¿Qué cree usted que ocurriría si de pronto nos encontráramos con trece discípulos en lugar de doce? ¿Y si alguien intentara salvar a Jesús de la cruz? Pero aún: ¿y si Jesucristo fuera *realmente* salvado? ¿Qué le ocurriría entonces a la cristiandad? Sin la Crucifixión, ¿la religión habría sobrevivido?

- Existe una solución sencilla a su problema - dijo fríamente Ravenholt -. No envíe usted a un cristiano.

- Bien, estamos llegando al punto álgido - observó Spencer -. Enviemos a un musulmán a recoger los hechos cristianos, y a un cristiano a retroceder hasta la vida de Buda... y a un budista para investigar la magia negra en el Congo.

- Eso podría funcionar - dijo Ravenholt.

- Podría efectivamente funcionar, pero usted no conseguiría la objetividad. Habría parcialidad y, peor aún, interpretaciones erróneas pero perfectamente sinceras.

Ravenholt tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre su rodilla.

- Comprendo su punto de vista - concedió con una cierta irritación -. Pero omite usted un detalle. Se puede muy bien no dar a conocer enteramente al público las conclusiones obtenidas.

- Pero se trata de algo de *interés público*: así al menos está escrito en nuestra licencia.

-¿Arreglaría las cosas el que yo le ofreciera algunos fondos para ayudar a cubrir los gastos? - preguntó Ravenholt.

- En tal caso - respondió cándidamente Spencer - no cumpliríamos con las condiciones. O algo es de interés público, y consecuentemente sin el menor gasto, o es un contrato comercial firmado en las condiciones habituales.

- Lo más evidente es que rehusa usted ejecutar este trabajo - declaró claramente Ravenholt -. Es mejor que lo reconozca.

- Con gran placer - dijo Spencer -. No lo tocaría ni con pinzas. Lo que me preocupa por ahora es la razón de su visita.

- Pensé que el proyecto estaba a punto de ser rehusado - explicó Ravenholt -, y que tal vez yo podría actuar como mediador.

- Dicho de otro modo, pensaba usted que podría comprarnos.

-¡En absoluto! - respondió colérico Ravenholt -. Tan sólo he admitido que el proyecto rebasaba sin duda un poco el cuadro de su licencia.

- Exacto.

- No comprendo completamente sus objeciones - insistió Ravenholt.

- Doctor, ¿le gustaría a usted incurrir en la responsabilidad de demoler una fe? - preguntó suavemente Spencer.

- Pero... eso no es posible... - ahora, Ravenholt balbuceaba.

-¿Está usted seguro? ¿Hasta qué punto? ¿Incluso en el caso de la magia negra en el Congo?

- Bien, yo... esto... bajo este aspecto...

-¿Comprende lo que quiero decir? - preguntó Spencer.

- De todos modos - protestó Ravenholt -, se podrían ocultar algunos hechos...

-¡Vamos, vamos! ¿Cuánto tiempo cree usted que podría guardar el secreto? De todos modos - prosiguió firmemente Spencer -, cuando *Pasado & Cía.* se encarga de un trabajo es para extraer la verdad. Y cuando la conocemos, la ofrecemos a los demás. Esta es la única justificación de la existencia de la firma. Tenemos entre manos un cierto proyecto, de naturaleza privada, a plena tarifa, para el cual hemos retrocedido cerca de dos mil años para confeccionar un árbol genealógico. Nos hemos visto en la obligación de revelar a nuestro cliente algunos aspectos desagradables del mismo. Pero no hemos ocultado nada.

-¡Eso es exactamente lo que estoy intentando hacerle comprender! - gritó Ravenholt, desprovisto finalmente de su calma -. ¡Está usted dispuesto a embarcarse en un asunto de Arbol Genealógico, pero rehusa mi proposición!

-¡Y usted confunde dos proyectos completamente distintos! Esta investigación sobre los orígenes de las religiones es un asunto de interés público. El Arbol Genealógico es financiado por fondos privados, y nosotros somos pagados.

Ravenholt se puso en pie, furioso.

- Reanudaremos la discusión en otro momento, cuando ambos nos hallemos en situación de contenernos.

- Esto no cambiará nada - declaró Spencer con tono cansado -. Mi decisión ya está tomada.

- Señor Spencer, tengo apoyos... - dijo amenazadoramente Ravenholt.

- Es posible. Sin duda puede pasar usted por encima de mi resolución. Pero si esta es su intención, quiero decirle algo: tendrá que pasar por encima de mi cuerpo para realizar su proyecto. Doctor Ravenholt, me niego a traicionar la fe de ningún país del mundo

-¡Ya lo veremos! - lanzó venenosamente Ravenholt.

- Está imaginando usted que puede hacer que me echen de aquí - observó Spencer -. Es posible. No tengo la menor duda de que sabe usted de qué hilos debe tirar. Pero esto no va a ser una solución.

- A mi modo de ver, sería la solución perfecta - dijo Ravenholt en tono cortante.

- Continuaré combatiéndole como ciudadano privado. Llevaré el asunto a las Naciones Unidas si es necesario.

Estaban ahora ambos de pie, frente a frente, a cada lado del gran escritorio.

- Lamento que las cosas sean así - dijo Spencer -. Pero mantengo todo lo que le he dicho.

- Yo también - respondió Ravenholt, dirigiéndose hacia la puerta.

3

Spencer volvió a sentarse lentamente en su sillón.

«Un buen modo de comenzar el día», pensó.

Pero aquel tipo lo había sacado de sus casillas.

La señorita Crane apareció en el umbral con un fajo de papeles en la mano.

- Señor Spencer, ¿hago pasar al señor Hudson? Hace ya mucho que espera.

-¿Es el candidato?

- No, el candidato es el señor Cabell.

- Entonces quiero ver a Cabell. Tráigame su dossier.

Ella bufó algo por lo bajo y salió.

«Que se vaya al diablo», se dijo Spencer. «Veré a quien quiera y cuando quiera.»

Estaba sorprendido por la violencia de sus pensamientos ¿Qué era lo que no marchaba? Nada marchaba correctamente. ¿Se había vuelto incapaz de comunicarse con cualquiera que fuese?

«Demasiada tensión nerviosa», pensó. «Demasiadas cosas que hacer, demasiados problemas.»

Quizá debiera dirigirse al Servicio de Operaciones y embarcar en un transportador para unas vacaciones prolongadas. Un retroceso a la buena vieja Edad de Piedra que no exigía ningún Adiestramiento. No habría demasiada gente, quizá incluso nadie. Tan sólo mosquitos. Y los osos de las cavernas. Y el tigre dientes de sable, y tal vez un montón de otras criaturas peligrosas. Tendría que reunir un buen material de acampada y... ¡Oh, al diablo!

Pero la idea no era mala.

La había acariciado a menudo. Un día se daría el gusto. Mientras esperaba, tomó el montón de papeles dejado por la señorita Crane sobre su escritorio.

Era el cotidiano paquete de futuras misiones planteadas por el Servicio de Proyectos. Siempre surgían de allí montones de dificultades. Sintió que se le contraía el estómago mientras cogía los dossiers.

El primer caso se refería a una misión bastante común: una investigación sobre los tributos entregados a los godos por Roma. Parecía que, según una leyenda, el tesoro había sido enterrado en alguna parte de los Alpes. Podía ser que jamás hubiera sido descubierto. La búsqueda de tesoros ocultos era algo corriente.

Pero el segundo dossier...

-¡Señorita Crane! - aulló. Estaba llegando en aquel momento, con el dossier de

Cabell en la mano. Su rostro permaneció impassible pese al grito de Spencer. Estaba acostumbrada.

-¿Qué ocurre, señor Spencer? - preguntó con un tono mucho más calmado que de costumbre.

Spencer dio un puñetazo sobre el montón de papeles.

-¡No pueden hacerme una cosa así! ¡No la soportaré! ¡Llame a Rogers por teléfono!

- Sí, señor...

-¡No, un momento! - cortó Spencer con tono desairado -. Será mejor que me encargue yo personalmente. Iré a verle. ¡Además, así podré hacerle pedazos con mis propias manos!

- Pero hay gente esperando...

-¡Bien, que esperen! ¡Eso les enseñará humildad!

Tomó la Hoja de Misión y salió a grandes zancadas. Desdeñó el ascensor, subió de dos en dos los peldaños que separaban ambos pisos y abrió violentamente una puerta rotulada *Evaluación*.

Rogers estaba reclinado en su sillón, los pies sobre el escritorio, la mirada fija en el techo.

Echó una ojeada vagamente inquieta a Spencer y se inclinó hacia adelante.

-¿Y bien? ¿Qué ocurre?

- Esto - respondió Spencer, metiéndole la hoja bajo las narices.

Rogers la tocó delicadamente con los dedos.

- Nada excesivamente difícil. Nada que un poco de ingenio no pueda...

-¡Nada excesivamente difícil! - gimió Spencer - ¡Filmar el incendio de Roma por Nerón!

Rogers suspiró

- Esa sociedad cinematográfica va a pagarnos un buen pellizco

-¡Y eso no es nada! ¡Uno de mis hombres metiéndose por las calles en llamas de Roma e instalando una cámara en una época en la que nadie había ni siquiera soñado en el principio de la fotografía!

-¿Y? Ya he dicho que se necesita un poco de ingenio - respondió Rogers -. Escucha, habrá montones de gentes corriendo por todas las calles en todos sentidos, intentando salvar

sus bienes y sus vidas. Ni siquiera prestarán atención a tu hombre. Además, puede camuflar la cámara de modo que parezca...

- Será una maldita multitud - cortó Spencer -. No se mostrará alegre viendo su ciudad incendiada. Habrá rumores para imputar el fuego a los cristianos. Los ciudadanos estarán al acecho de gente de aspecto sospechoso.

- El elemento peligro existe siempre - observó Rogers.

-¡Pero no un peligro como éste! - dijo Spencer, excitado -. No hay que *buscar* el peligro. ¡Y aún hay más cosas!

-¿Por ejemplo?

- Por ejemplo introducir en el pasado una técnica perfeccionada. Si esa multitud matara a nuestro hombre y encontraran la cámara...

Rogers se encogió de hombros.

-¿Qué cambiaría eso? No comprenderían nada de ella.

- Quizá. Pero lo que más me inquieta es lo que diría el grupo de censura viendo nuestros registros. Tendría que haber de por medio una buena suma de dinero para que yo me atreviera a correr este riesgo.

- Créeme, *hay* una buena suma de dinero. Y además, esto nos abriría un nuevo campo de actividades. Esto es lo que más me ha gustado de esta propuesta.

- Vosotros, los chicos de Proyectos - dijo amargamente Spencer - no tenéis la menor preocupación. Os agarráis a la primera cosa que se os presenta...

- No a la primera cosa - protestó Rogers -. El Servicio de Ventas nos ha presionado malditamente en este caso.

-¡Ventas! - escupió Spencer, con voz cargada de desprecio.

- El otro día recibimos a una mujer - dijo Roger -. Quería enviar a sus dos hijos a la granja de su tatarabuelo en el siglo XIX. Para que pasaran allí sus vacaciones, además. Un verano en el campo, en un siglo distinto. Pretendía que sería algo instructivo y muy relajante para ellos. Según ella, sus antepasados comprenderían perfectamente y se sentirían felices de albergar con ellos a los chicos una vez les hubiéramos explicado. - Rogers suspiró.- Pasé un mal rato con ella. No le importaba en absoluto nuestro reglamento. Decía...

- Dejaste escapar un buen asunto - observó Spencer sarcásticamente -. Esto nos

hubiera abierto un nuevo campo de actividades... las vacaciones en el pasado. Es como si lo estuviera viendo Reuniones familiares con viejos amigos y vecinos reuniéndose a través de los siglos...

-¿Crees acaso que eres el único que tiene dificultades?

- Mi corazón sangra por ti - dijo Spencer.

- Una cadena de televisión quería una serie de entrevistas con Napoleón, César, Alejandro y todos los grandes hombres de los siglos pasados. Los cazadores desean volver al salvajismo de las primeras épocas para darle gusto al dedo. Y las universidades quieren enviar equipos enteros de exploradores...

- Sabes bien que no se trata de todo esto - interrumpió Spencer -. Los únicos a quienes podemos enviar al pasado son los viajeros formados por nosotros mismos.

- Hemos aceptado algunas excepciones.

- Por supuesto, algunas. Pero tan sólo después de haber obtenido un permiso especial. Y hemos enviado al mismo tiempo tantos viajeros que aquello se convertía en una expedición y no en un simple grupo de estudios.

Spencer se levantó.

- Entonces, ¿este último hallazgo?

Rogers estrujó la hoja de papel y la tiró a una papelerera llena a rebosar.

- Iré a Ventas, con lágrimas en los ojos...

- Te lo agradezco - dijo Spencer, dirigiéndose hacia la puerta.

4

De nuevo en su despacho, tomó el dossier relativo a Cabell.

El interfono dejó oír un zumbido. Apretó el pulsador de comunicación.

-¿Sí?

- Aquí Operaciones, Hal. Williams acaba de regresar. Todo va bien. Ha recuperado el Picasso sin la menor dificultad. No ha necesitado más que seis semanas.

-¡Seis semanas! - gritó Spencer -. ¡Tenía tiempo de pintarlo él mismo!

- Hubo complicaciones.

-¿Y cuándo no las hay?

- Es un buen cuadro, Hal, no cuatro pinceladas. Y vale un montón de dinero.

- Está bien. Llévelo a la Aduana para que registren la entrada. Hay que pagar los derechos a nuestro buen viejo gobierno. ¿Y los demás?

- Nickerson saldrá dentro de un momento.

-¿Y E.J.?

- Está preocupado por el punto temporal elegido. Le está contando a Doug...

-¡Escucha! - interrumpió irritadamente Spencer -. Dile de mi parte que el punto temporal es asunto de Doug. Sabe más sobre la materia de lo que E.J. pueda aprender en toda su vida. Cuando Doug diga que ha llegado el momento de saltar, E.J. saltará con su estúpida gorra y todos sus demás andrajos.

Soltó el pulsador y se enfrascó en el dossier de Cabell. Permaneció sentado para dejar que su presión sanguínea volviera a lo normal.

Se lanzaba tan fácilmente, pensó. Se irritaba demasiado a menudo. ¡Pero no había ningún trabajo que no trajera complicaciones!

Abrió el dossier y leyó los informes que contenía. Stewart Beimont Cabell, 27 años, soltero, excelentes referencias, doctor en sociología por una de las viejas universidades. Resultados uniformemente elevados en todos los tests, incluidos los de comportamiento, y un cociente de inteligencia sorprendentemente alto. Recomendado para el empleo de viajero sin la menor reserva.

Spencer dejó el dossier sobre la mesa tras haberlo cerrado de nuevo.

- Haga entrar al señor Cabell - le dijo a la señorita Crane.

Cabell era un hombre delgado, cuyos desmañados movimientos le hacían parecer más joven de lo que era. Sus modales revelaban una cierta timidez cuando Spencer estrechó su mano y le indicó un asiento.

Cabell se sentó, esforzándose sin éxito en mostrar seguridad.

- Así pues, desea usted unirse a nosotros - comenzó Spencer -. Supongo que sabe a dónde le llevará esto.

- Sí, señor - respondió el joven Cabell -. Lo sé exactamente. O quizá debería más bien decir... - se puso a tartamudear, y se calló.

- Está bien - dijo Spencer -. Si comprendo bien, usted desea hacer este trabajo
Cabell asintió con la cabeza.

- Sé lo que es esto - dijo Spencer -. Da usted la impresión de que no se recuperará

nunca si no lo consigue.

Recordaba lo que había experimentado él mismo cuando estaba sentado en aquel mismo lugar... el desgarrador, el lacerante dolor en su corazón cuando supo que había sido rechazado como viajero... y también cómo se había sobrepuesto a su pena y a su decepción. Primero en calidad de operador, luego de director de operaciones, y finalmente en aquel despacho, con todos los rompecabezas que ello comportaba.

- Y yo nunca he viajado por mí mismo - añadió.

- Lo ignoraba, señor.

- No era lo suficientemente adaptable. Mi psiquismo no era adecuado.

Y reconoció su vieja esperanza, su antiguo deseo, en los ojos del joven... y algo más también. Algo inquietante.

- No es una partida de placer - continuó, con una voz más dura de lo que hubiera querido -. Por supuesto, primero hay la aventura y las emociones, pero eso pasa pronto. Y no queda más que el trabajo. Perfectamente árido.

Se interrumpió para examinar a Cabell, aquel extraño e insólito brillo seguía aún en sus ojos.

- Debe usted saber - dijo, esta vez con un tono voluntariamente duro -, que si entra en la firma habrá muerto de vejez probablemente dentro de cinco años.

Cabell inclinó la cabeza, con aire indiferente.

- Lo sé, señor. La gente de Personal me lo ha explicado todo.

- Bien. A veces sospecho que Personal no da más que explicaciones más bien rudimentarias. Dicen lo suficiente para parecer convincentes, pero nunca todo. Se preocupan mucho en aprovisionarnos de viajeros. Siempre nos faltan: los quemamos demasiado aprisa.

Se interrumpió para mirar de nuevo al joven. Su apariencia no había cambiado en absoluto.

- Observamos ciertas reglas - le dijo Spencer -. No son establecidas por *Pasado & Cía.*, sino por el trabajo en sí. Será imposible que lleve usted una vida normal. Vivirá a pequeños fragmentos, como un traje de arlequín, saltando de un lugar a otro, aunque estos lugares estén separados por montañas de años. No existe prohibición al respecto, pero ninguno de nuestros viajeros se ha casado nunca. Sería imposible. En menos de cinco años,

el hombre moriría de vejez, mientras que su mujer sería aún joven.

- Creo haber comprendido, señor.

- En realidad - prosiguió Spencer - es un simple asunto de economía no menos sencillo. No podemos permitirnos el ver a nuestras máquinas o nuestros hombres inutilizados durante un tiempo, por breve que sea. Mientras que el viajero puede permanecer ausente durante una semana, un mes, o incluso años, la máquina regresa con él en su interior sesenta segundos después de la partida. Esos sesenta segundos son un período arbitrario: lo mismo podría ser un solo segundo, o una hora, o un día, no importa la duración que eligiéramos. Pero un minuto nos ha parecido la fórmula más práctica.

-¿Y si la máquina no regresa en ese lapso de un minuto? - se informó Cabell.

- Entonces ya no regresará nunca.

-¿Eso ocurre a veces?

- Por supuesto que ocurre. Los viajes por el Tiempo no son excursiones. Cada vez que un hombre remonta la corriente se juega la vida contra la posibilidad de desenvolverse en un medio que le es totalmente extraño y, en algunos casos, tan desconocido como pueda serlo otro planeta. Nosotros lo ayudamos de todas las formas posibles, por supuesto. Nos encargamos de darle una instrucción detallada, inculcarle los conocimientos necesarios y equiparle del mejor modo posible. Se le enseñan las lenguas que va a necesitar realmente. Se le proporcionan ropas adecuadas. Pero hay casos en los que ignoramos los pequeños detalles esenciales que permiten sobrevivir. A veces los aprendemos demasiado tarde, cuando nuestro hombre regresa y nos informa. Y hay cosas que no llegamos a descubrir nunca... cuando el viajero no regresa.

- Se diría que intenta usted asustarme - dijo Cabell.

-¡Oh, no! Intento tan sólo hacerle comprender claramente una serie de detalles para evitar cualquier malentendido. El entrenamiento de un viajero cuesta caro. Debemos recuperar nuestros gastos. No queremos hombres que se queden con nosotros tan sólo un tiempo. No le pedimos a usted uno o dos años en su vida, sino la totalidad. Le tomamos y le exprimimos hasta extraer de usted todos los minutos de vida...

- Puedo asegurarle, señor...

- Le enviaremos a donde queremos - prosiguió Spencer -. Y aunque no tengamos ningún control sobre usted una vez partido, contamos de todos modos con usted para no

cometer tonterías. No que no regrese en el lapso previsto de los sesenta segundos... si es que regresa. Lo que queremos es que vuelva usted lo más joven posible... que pase el menor tiempo que pueda en el pasado. *Pasado & Cía.* es una empresa comercial. Queremos sacarle a usted el mayor número posible de viajes.

- Comprendo todo esto - dijo Cabell -. Pero en Personal me han dicho que sería igualmente ventajoso para mí.

- Exacto. Naturalmente. Pero no necesitará usted mucho tiempo para descubrir que el dinero tiene poca importancia para el viajero. Como usted no tendrá familia, o al menos esperamos que no la tenga, ¿para qué lo va a necesitar? La única diversión que tendrá usted serán sus seis semanas de vacaciones anuales y, en uno o dos viajes, ganará usted lo suficiente como para pasarlas en el mayor lujo o en la peor depravación.

»Sin embargo, la mayor parte de nuestros hombres no eligen ni una cosa ni la otra. Simplemente se van a trabar conocimiento con la época en la que nacieron.

El vicio y la lujuria del presente siglo tienen para ellos muy pocos atractivos después de las locuras a las que se han dedicado en los siglos pasados, a cargo de la empresa.

-¿Exagera usted, señor?

- Oh, quizá un poco. Pero, en algunos casos determinados, es la pura verdad.

Spencer miró fijamente a Cabell.

-¿Nada de todo esto le inquieta? - preguntó.

- Nada hasta ahora.

- Hay todavía un detalle del que debe ser usted informado, señor Cabell. Es la necesidad, la imperiosa y chillona necesidad de la objetividad. Cuando vaya usted al pasado, no jugará allí ningún papel. No se mezclará. *No deberá intervenir en absoluto.*

- Eso no debe ser difícil.

- Le advierto que exige una gran fuerza moral, señor Cabell. El hombre que viaja por el Tiempo detenta unos poderes terribles. Y el sentimiento de estos poderes empuja vivamente a cualquier hombre a hacer uso de ellos. Y mano a mano con estos poderes marcha la tentación de modificar el curso de la historia. De manejar un puñal justiciero, para hablar claramente. De salvar una vida que, con algunos años más, hubiera hecho avanzar a la raza humana un gran paso hacia su grandeza.

- Puede ser algo difícil de resistir - admitió Cabell.

Spencer inclinó la cabeza.

- Que yo sepa, nadie hasta ahora ha sucumbido a estas tentaciones. Pero vivo en el terror de que algún día alguien se deje vencer.

Y, mientras afirmaba aquello, se preguntaba hasta qué punto podía ser aquello inexacto, si no estaba hablándole al vacío... ya que ciertamente alguien había tenido ya que intervenir.

Sin la menor duda algunos habían encontrado allá la muerte. Pero otros se habían quedado seguramente en aquel lugar. Y quedarse, ¿no constituía acaso la peor forma de intervención? ¿Qué consecuencias podía tener el nacimiento de un niño fuera del tiempo... de un hijo que no había nacido nunca antes, que no hubiera tenido que nacer jamás? Los hijos de este hijo, y los hijos de estos otros hijos... todo aquello amenazaba con formar una cadena de interferencia temporal a través de los siglos.

5

-¿Ocurre algo, señor? preguntó Cabell.

- No. Pensaba tan sólo que llegará un día en que encontraremos una fórmula para influir sin peligro en el pasado. Y, si esto se produce, nuestras responsabilidades serán aún mayores que ahora. Ya que entonces tendremos licencia para intervenir, pero tendremos también la más estricta obligación de no utilizar nuestro poder de intervención más que para lo mejor. Compréndame, no tengo la menor idea del principio que entrará en juego. Pero estoy seguro de que lo lograremos algún día.

Y quizá descubramos también una fórmula que nos permita aventurarnos en el futuro.

Spencer agitó la cabeza y pensó: te pareces a un viejo cuando mueves resignadamente la cabeza ante una pregunta sin respuesta. Sin embargo, él no era viejo... no al menos *tan* viejo.

- De momento prosiguió -, tan sólo somos algo así como espigadores. Vamos al pasado para recoger los despojos... las cosas perdidas o desechadas. Hemos establecido una serie de reglas para garantizar que jamás tocaremos el trigo molido, tan sólo tomaremos las

espigas olvidadas en el suelo.

-¿Como los manuscritos de Alejandría?

- Bueno, si... imagino que sí... aunque el apoderarse de todos esos libros y manuscritos haya sido inspirado por las más sórdidas ideas del beneficio. Hubiéramos podido igualmente copiarlos. Lo hemos hecho con algunos; pero los propios originales tenían un fantástico valor material. Prefiero no decirle lo que nos pagó Harvard por esos manuscritos. Aunque, reflexionando, no estoy convencido de que no valieran realmente esa suma hasta el último céntimo. Fue preciso trazar minuciosos planos y organizar una coordinación casi a la décima de segundo, y empleamos para ello todos nuestros hombres. Porque, entienda, no podíamos apoderarnos de estos objetos sino en el preciso instante en que iban a quemarse. No podíamos quitarle a nadie la oportunidad de echar aunque fuera tan sólo una ojeada a esos manuscritos. No tenemos derecho a llevarnos ningún objeto salvo desde el momento en que pueda considerarse como *realmente* perdido. Es una regla absoluta.

»Piense por ejemplo en los tapices de Ely. Hemos consagrado años enteros a retroceder en el pasado para adquirir la certeza de que no quedaba la menor huella de ellos. Sabíamos que se perderían algún día, por supuesto. Pero no podíamos tocarlos antes de que esto hubiera ocurrido irremediabilmente. Tan sólo fue entonces cuando los tomamos - agitó una mano -. Pero estoy hablando demasiado. Le estoy aburriendo.

- Señor Spencer - protestó Cabell -, una conversación como la suya no podrá aburrirme nunca. Es algo en lo que he soñado toda mi vida. No podría expresarle la alegría...

Spencer levantó una mano para imponer silencio.

- No tan aprisa. Aún no ha sido aceptado.

- Pero, en Personal, el señor Jensen me ha...

- Sé lo que le ha dicho. Pero es a mí a quien compete la decisión definitiva.

-¿He cometido algún error? - preguntó Cabell.

- No ha hecho nada que pueda serle reprochado. Vuelva esta tarde.

- Pero, señor Spencer, si tan sólo quisiera usted...

- Necesito reflexionar. Nos veremos después del almuerzo.

Cabell se levantó de su sillón. Parecía incómodo.

- El hombre que estuvo aquí antes que yo...

-¿Sí?

- Parecía muy irritado, señor. Como si tuviera intención de causarle problemas.

Spencer se exaltó.

-¡Nada de eso le concierne a usted!

Cabell no se amilanó.

- Sólo quería decirle que lo reconocí, señor.

-¿Y?

- Si acaso le trajera problemas, señor, tal vez le fuera útil informarse acerca de sus relaciones con una de las chicas del *Golden Hour*. Se llama Silver Starr.

Spencer miró a Cabell sin decir nada.

El joven se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en el picaporte, luego se giró.

- Este tal vez no sea su verdadero nombre - observó -, pero públicamente se la conoce por él... Silver Starr, del *Golden Hour*. El *Golden Hour* se encuentra en...

- Señor Cabell, conozco el *Golden Hour*. ¡Aquel pequeño imprudente! ¿Qué era lo que esperaba? ¿Que le diera las gracias por su información?

Luego que Cabell se hubo ido, permaneció sentado unos instantes para calmarse. Había algunas preguntas al respecto que rondaban por su cabeza. Había algo extraño en aquel hombre. Aquella expresión en su mirada, por ejemplo. Y su torpeza, así como su timidez, no parecían enteramente naturales. ¿Y si todo se tratara de una especie de comedia? Pero, en nombre del cielo, ¿para qué adoptar aquella actitud que iba fatalmente en contra de sus intereses?

«La psicosis está galopando hacia ti», se dijo Spencer. «Te sobresaltas a la vista de cualquier sombra, a la presencia de una silueta apareciendo bruscamente en cualquier lado.»

«Ya hemos pasado a dos, y queda aún otro», pensó. «A menos que hubiera llegado alguien más mientras tanto.»

Tendió la mano hacia el pulsador de llamada pero, antes de que hubiera podido tocarlo, la puerta del despacho contiguo se abrió de golpe. Un hombre de alocados ojos franqueó el umbral. Llevaba en brazos algo blanco que parecía estremecerse. Lo dejó sobre

el escritorio, y Spencer se echó hacia atrás, sintiendo un escalofrío.

Era un conejo... un conejo blanco con una cinta rosa alrededor del cuello, rematada con un elegante lazo.

Spencer dirigió unos aterrados ojos al hombre que le había traído el conejo.

-¡Ackermann! – exclamó -. ¡Por los cielos, Ackermann! ¿Qué te ocurre? ¡Todavía no es Pascua!

Ackermann movió dificultosamente los labios, y por unos instantes su nuez de Adán pareció un elevador. Pero no pudo pronunciar ninguna palabra

- Vamos, vamos, muchacho, ¿qué ocurre? Finalmente, Ackermann encontró su voz.

-¡Nickerson! - exclamó.

- Bueno, veamos. Nickerson se ha traído un conejo.

-¡No! No lo ha traído, señor. ¡Ha venido solo! Spencer palideció.

-¿Y Nickerson?

Ackermann agitó la cabeza.

- Sólo estaba el conejo, señor.

Spencer, que se había levantado a medias, se desplomó de nuevo en la silla.

- Señor, hay una carta atada al lazo.

- Ya la he visto - dijo Spencer como si no le diera excesiva importancia. Pero sentía que algo frío le iba ganando.

El conejo se giró y se situó frente a Spencer. Agitó una oreja, frunció su rosado hociquito, inclinó gravemente la cabeza y levantó una de sus patas traseras para rascarse.

Spencer se reclinó en el sillón, sin ánimos para decir nada. Tres hombres perdidos en los últimos diez días. Y ahora, un cuarto.

Claro que esta vez al menos habían recuperado el transportador. O más bien el conejo lo había recuperado. Cualquier ser vivo, una vez montado el mecanismo, llevaba por su sola presencia al transportador a su lugar de origen. No era necesario que se tratara de un hombre.

¡Pero Nickerson! ¡Uno de los mejores! Si no se podía contar con Nickerson, no se podía contar con nadie.

Se giró de nuevo hacia su escritorio y adelantó una mano hacia el conejo. Este no intentó escapar. Spencer tomó la hoja doblada y rompió el sello de cera. El papel era tan

grueso y basto que crujía entre los dedos.

La tinta era de un negro desvaído y la escritura torpe. No había sido escrito con bolígrafo ni con pluma, pensó Spencer... sino más bien con una pluma de oca.

La nota iba dirigida a él:

Querido Hal:

No tengo ninguna disculpa lógica, y no intentaré explicarme. He descubierto el sentir de la primavera, y ya no puedo seguir escapando a él. Aquí tienes tu transportador... es más de lo que han hecho todos los demás. El conejo no pondrá ninguna objeción. Los conejos ignoran el Tiempo. Sé bueno con él, ya que no tiene nada de las liebres salvajes de los bosques sino que es más bien un animalillo gentil y cordial

NICK.

«Insuficiente», pensó Spencer, contemplando la nota, con aquellos jeroglíficos negros que parecían más bien un cabalístico grimorio que una comunicación sensata.

Había descubierto el sentir de la primavera. ¿Qué entendía por aquello? ¿La primavera del corazón? ¿La primavera del espíritu? Era posible, ya que Nickerson había ido a la Italia de principios del Renacimiento. Una primavera del espíritu y el sentir de los grandes comienzos. ¿Y no existiría además un cierto sentido de seguridad en aquel mundo más reducido... un mundo que no jugaba con el Tiempo, que no anhelaba alcanzar las estrellas?

El zumbador resonó suavemente.

Spencer pulsó el botón.

-¿Sí, señorita Crane?

- El señor Garside al aparato.

El conejo empezó a mordisquear el cable del teléfono. Spencer lo apartó un poco.

- Adelante, Chris.

- Hal - preguntó una voz cortante -, ¿qué le ha dicho usted a Ravenholt? Me ha hecho pasar una maldita media hora.

- Se trata del proyecto Dios.

- Lo sé. Me lo ha dicho. Me ha amenazado con levantar la población contra la inmoralidad de nuestro proyecto de revista.

- No puede hacerlo - protestó Spencer -. No tiene el menor fundamento. Este asunto

es perfectamente legal. La Oficina Jurídica y la de Etica han dado su okay, y el Consejo de Examen le ha dado su bendición. Se trata de simples reportajes históricos. Un testigo ocular de la batalla de Gettysburg, anotaciones sobre la moda en tiempos de la reina Victoria... El más importante proyecto que hayamos emprendido hasta ahora. Su valor publicitario, aparte el dinero que nos proporcionara...

- Sí, ya sé - dijo Garside con tono cansado -. Todo eso es exacto. Pero no quiero problemas con nadie... y sobre todo con Ravenholt. Hemos metido bastantes castañas en el fuego como para dejar surgir una reacción. Y Ravenholt puede ser terriblemente desleal en la lucha.

- Escuche, Chris, puedo encargarme de Ravenholt.

- Lo imaginaba. Bueno, entiéndase con él.

-¿Qué quiere decir con *entiéndase con él*? - dijo Spencer, a la defensiva.

- Bueno, hablando francamente, Hal, su palmarés no es muy brillante. Tiene usted dificultades...

-¿Está pensando en los hombres que hemos perdido?

- Y en las máquinas - dijo Garside -. Usted olvida siempre... que una máquina vale un cuarto de millón de dólares.

-¿Y los hombres? - preguntó amargamente Spencer -. ¿Quizá los considera usted baratos en comparación?

- No creo que se le pueda atribuir un valor mercantil a la vida humana - respondió Garside sin inmutarse.

- Acabamos de perder a otro hace un momento - le anunció Spencer -. Imagino que le tranquilizará saber que era leal más allá de sus obligaciones. Nos ha enviado un conejo, y la máquina está en perfecto estado.

- Hal - dijo severamente Garside -, hablaremos más tarde de esto. De momento me preocupa Ravenholt. Si le presentara usted sus excusas para arreglar un poco las cosas...

-¡Mis excusas! - estalló Spencer -. Conozco otro medio mejor. Se acuesta con una de las chicas del *Golden Hour*. Cuando haya terminado con...

-¡Hal! - rugió Garside -. ¡No puede usted hacer eso! ¡No puede mezclar *Pasado & Cía.* con una historia así! ¡Sería una indecencia!

- Querrá decir usted una inmundicia - rectificó Spencer -. Pero no más repugnante

que el propio Ravenholt. ¿De quién es el hombre de paja?

- Eso no importa. Joven...

-¡Y no me llame joven! - gruñó Spencer -. ¡Ya tengo bastantes problemas sin su paternalismo!

- Quizá esos problemas sean demasiado pesados para usted - cortó secamente Garside -. Quizá debemos buscar a alguien para sustituirle.

-¡Bien, hágalo! - gritó Spencer -. ¡No se quede diciendo tonterías! ¡Venga y écheme de patitas a la calle!

Colgó violentamente, temblando de irritación.

Al diablo Garside, pensó. Al diablo *Pasado & Cía*. Ya estaba harto.

Sin embargo, era una forma muy triste de terminar después de quince años. Era una maldita cosa lo que le estaba ocurriendo. Quizá hubiera tenido que dominar su lengua, aguantar su irritación, jugar el juego de los demás.

Hubiera podido actuar muy bien de otra manera, asegurarle a Garside que se ocuparía de Ravenholt sin mencionar a Silver Starr. ¿Y por qué había aceptado tan aprisa lo que le había revelado Cabell un momento antes de irse? ¿Qué podía saber Cabell al respecto? Tenía que informarse acerca de si había realmente una Silver Starr en el *Golden Hour*.

Mientras esperaba, debía seguir trabajando. Ahora le tocaba el turno a Hudson, se dijo.

Tendió la mano hacia el conmutador.

Pero su dedo no llegó a tocarlo. La puerta del despacho se abrió una vez más bruscamente, y un hombre se precipitó en la estancia. Era Douglas Marshall, el operador de la máquina de E.J.

-¡Hal! – resopló -. ¡Ven aprisa! ¡E.J. se ha pasado *realmente* de la raya!

6

Spencer no hizo ninguna pregunta. Una ojeada al rostro de Doug fue suficiente para comprender que las noticias eran tremendamente malas. Saltó de su sillón y echó a correr por el pasillo tras los talones del operador.

Giraron a la izquierda al final del pasillo, hacia la sala de Operaciones, donde los macizos transportadores se alineaban contra las paredes.

Al fondo, una pequeña multitud de operadores y mecánicos hacían círculo, y de su centro surgía una canción de borracho. Sus palabras eran ininteligibles.

Spencer avanzó, dominado por la cólera, y se abrió camino. En el centro del círculo se hallaban E.J.... y otra persona: un sucio bárbaro, barbudo, envuelto en una curtida piel de oso y con una enorme espada colgando de su cintura.

El bárbaro inclinaba contra su boca un barrilito. El barril hacía glú-glú mientras el hombre bebía, pero una parte del líquido se escapaba formando hilillos de un color marrón pálido por las comisuras de su boca y goteaba a través de su barba hasta su pecho.

-¡E.J.! - aulló Spencer.

Ante aquel grito, el bárbaro bajó bruscamente su barrilito y lo sujetó entre sus brazos. Se limpió boca, barba y bigotes con una sucia mano.

E.J. avanzó titubeante y pasó sus brazos alrededor del cuello de Spencer, sin dejar de reír.

Spencer se soltó bruscamente y apartó a E.J., que trastabilló hacia atrás.

-¡E.J.! – exclamó -. ¿Qué es lo que te resulta tan divertido?

E.J. consiguió mantener el equilibrio. Se esforzó en serenarse, sin conseguirlo enteramente. Su risa era aguda y estridente.

El bárbaro avanzó y puso el barrilito entre las manos de Spencer, gritándole algo en tono jovial y haciéndole comprender por gestos que dentro había buena bebida.

E.J. apuntó un pulgar en dirección al caballero de la piel de oso.

-¡Hal! – exclamó -. ¡Después de todo, no era en absoluto un oficial romano! - y se echó a reír con una risa aguda.

El bárbaro se echó también a reír estruendosamente, la cabeza echada hacia atrás, y sus rugidos hicieron retemblar toda la sala.

E.J. avanzó, titubeante, y cayeron uno en brazos del otro, dominados por la hilaridad, palmeándose mutuamente la espalda. Sus pies se enredaron, perdieron el equilibrio y se derrumbaron al suelo, donde quedaron sentados, mirando alegremente a los hombres que los rodeaban.

-¿Y bien? - gruñó Spencer.

E.J. asestó un resonante golpe a la peluda espalda del hombre de la piel de oso.

- Muy sencillamente, le traigo a la Wrightson-Graves a su antiguo antepasado.
¡Estoy impaciente por ver la cara que pondrá cuando se lo presente!

-¡Oh, Dios mío! - se deshinchó Spencer. Se giró para pasarle a alguien el chorreante barrilito, y luego gritó -: ¡No les dejéis salir de aquí! ¡Metedlos en algún rincón donde puedan dormir su curda!

Una mano lo sujetó por el brazo. Era Douglas Marshall, con el rostro cubierto de sudor.

- Hay que enviarlos de nuevo, Hal – dijo -. Es preciso que E.J. lo lleve de nuevo.

Spencer agitó la cabeza.

- Ignoro si podemos. Voy a plantear el asunto al Servicio Jurídico. Manténlos aquí y avisa a los muchachos. Si alguno de ellos cuenta algo de lo ocurrido aquí...

- Haré todo lo que pueda. Pero no sé... con esa pandilla de charlatanes...

Spencer se giró bruscamente y echó a andar a largas zancadas hacia el pasillo.

«¡Qué día!», pensó. «¡Qué maldito día!»

Recorrió el pasillo a paso de carga, y vio que la puerta rotulada *Privado* estaba cerrada. Se detuvo unos instantes, con la mano puesta en el picaporte, y entonces la puerta se abrió. La señorita Crane salió como un vendaval.

Chocaron de lleno. Ambos cayeron al suelo a causa del impacto, y las gafas de la señorita Crane escoraron de una forma insólita.

-¡Señor Spencer! - gimió lastimeramente -. ¡Señor Spencer, ha ocurrido algo horrible! ¿Recuerda usted al señor Hudson?

Se levantaron, y ella se apartó para dejarle paso. Spencer se metió en el despacho y cerró la puerta a sus espaldas.

-¿Cómo puedo olvidarlo? - dijo amargamente.

- Pues bien - declaró la señorita Crane -, ¡el señor Hudson está muerto!

Spencer se quedó helado.

La señorita Crane estaba furiosa.

-¡Si lo hubiera recibido usted cuando yo se lo dije! ¡Si no le hubiera hecho esperar ahí tanto tiempo...!

- Un momento, escuche...

- Al final terminó por levantarse - prosiguió ella - y vino hacia mí. Estaba rojo de cólera, señor Spencer. Y yo no podía reprochárselo...

-¿Quiere decir que ha muerto *aquí*?

- Vino hacia mí y me dijo: *Dígale a su señor Spencer...* y no pudo decir nada más. Lanzó una especie de gemido y se agarró con una mano en el borde de mi escritorio para sujetarse, pero la mano resbaló y él se derrumbó, y...

Spencer no oyó nada más. Atravesó su oficina de tres zancadas y entró en la sala de espera.

El señor Hudson estaba tendido sobre la moqueta.

Se parecía de un modo sorprendente a una muñeca de trapo. Una mano de azuladas venas estaba tendida ante él, como arañando el suelo. El maletín portadocumentos que había estado sujetando estaba ahora fuera de su alcance, muy cerca de sus engarfiados dedos, como si ante la muerte inminente el señor Hudson hubiera intentado sujetarlo. Su arrugada chaqueta estaba abierta, y Spencer pudo observar que el cuello de su camisa blanca estaba muy rozado.

Atravesó la estancia para arrodillarse lentamente junto al hombre muerto. Pegó su oreja al pecho del señor Hudson.

Ni el menor latido.

-¿Señor Spencer? - la señorita Crane estaba de pie en la puerta, aún asustada, pero gozando del momento. En toda su carrera de secretaria nunca le había ocurrido nada parecido. Ni en toda su vida. Aquello alimentaría sus conversaciones durante varios años.

- Cierre la puerta - dijo Spencer -. Que nadie entre aquí. Luego llame a la policía.

-¡La policía!

-¡Señorita Crane! - dijo secamente Spencer.

Ella entró en la estancia, pegándose a las paredes para permanecer lo más alejada posible del cuerpo.

- Avise también al Servicio Jurídico - añadió Spencer.

Permanecía arrodillado en el suelo, contemplando a aquel hombre y preguntándose qué le habría ocurrido. Un ataque cardíaco sin duda. La señorita Crane había dicho que parecía enfermo... y había insistido para que lo recibiera el primero, antes que a los otros dos.

Si se quería encontrar un responsable a lo ocurrido, pensó, no tendrían muchas dificultades para imputárselo a él.

Hudson se había arrastrado hasta aquella sala de espera, enfermo e impaciente, y por fin se había irritado... ¿Qué era lo que esperaba de él?

Spencer estudió aquel cuerpo envejecido, los pocos cabellos que brotaban de la parte posterior de su cráneo, las gafas de gruesos cristales deformadas por la caída, las huesudas manos de azuladas venas. Se preguntó qué esperaba conseguir un hombre así de *Pasado & Cía.*

Fue a levantarse y perdió el equilibrio. Apoyó su mano izquierda hacia atrás para sujetarse.

Y, bajo su palma, sintió una superficie lisa y blanda. Sin mirar hacia allá, supo que se trataba del maletín portadocumentos de Hudson

Quizá la respuesta se encontrara allí.

La señorita Crane estaba junto a la puerta, cerrándola. No había nadie más allí.

Con un rápido gesto, Spencer envió el maletín en dirección a la puerta de su despacho privado.

Se levantó ágilmente y se puso en pie. El portadocumentos había quedado atravesado en el umbral. Dio una zancada y empujó el objeto fuera de la vista, con el pie.

Oyó el pestillo encajar en su alojamiento y luego la voz de la señorita Crane, mientras ésta se giraba:

-¿A quién llamo primero, señor Spencer, a la policía o al servicio Jurídico?

- A la policía, imagino.

Entró en su despacho y cerró la puerta, dejándola entreabierta tan sólo un par de centímetros. Luego recogió apresuradamente el maletín y alcanzó su escritorio.

Abrió los cierres y vio tres legajos de papeles, cada uno de ellos sujeto por una pinza.

El primero llevaba un título en su primera página:

Estudio de la Moral en las Incidencias sobre los Viajes por el Tiempo. A continuación, página tras página de una caligrafía apretada, con largos párrafos subrayados y correcciones hechas con lápiz rojo.

El segundo, sin título estaba compuesto por hojas cubiertas de notas garabateadas.

Y el tercero, igualmente manuscrito, con diagramas, llevaba por título: *Un nuevo Concepto de la Mecánica de los Viajes por el Tiempo*.

Spencer inspiró profundamente y se inclinó sobre las hojas, esforzándose en hacer galopar sus ojos a lo largo de las líneas, demasiado aprisa para captar por completo su sentido.

Debía devolver inmediatamente el portadocumentos al lugar donde lo había tomado, y sin hacerse ver. No tenía derecho a tocarlo. La policía podía poner objeciones si se daba cuenta de que él había tocado el maletín. Y cuando lo devolviera a su sitio, debía haber algo dentro. Aquel hombre no acudiría seguramente a verle con un maletín vacío.

Oyó hablar a la señorita Grane en el despacho contiguo. Tomó rápidamente su decisión.

Deslizó el segundo y tercer legajos en el cajón superior de su escritorio. Dejó el primero, el que trataba de la moral de los viajes por el Tiempo, en el portadocumentos, y lo cerró.

Aquello bastaría para la policía. Tomó el maletín con la mano izquierda, dejando colgar el brazo a lo largo de su cuerpo, y se dirigió a la puerta, procurando abrir de modo que ocultara la parte izquierda de su cuerpo y el portadocumentos.

La señorita Grane telefoneaba, con el rostro vuelto hacia otro lado.

Dejó el maletín en el suelo, fuera del alcance de los dedos del muerto, justo donde estaba antes.

La señorita Grane colgó y lo vio de pie allí.

- La policía viene inmediatamente – dijo -. Ahora voy a llamar al señor Hawkes, de Jurídica.

- Se lo agradezco - dijo Spencer -. Mientras esperamos, voy a examinar algunos documentos.

7

Sentado ante su escritorio, eligió el legajo titulado *Un nuevo Concepto de la Mecánica de los Viajes por el Tiempo*. El nombre del autor era Boone Hudson.

Inició su lectura, primero con una creciente sorpresa, luego con una extraña y fría impaciencia..., ya que el documento exponía lo que eliminaría definitivamente la dificultad

esencial con la que tropezaba *Pasado & Cía.*

Ya no habría que sufrir más la pesadilla de ver a los buenos viajeros quemándose en pocos años.

Ningún hombre volvería a partir, nunca más joven por el Tiempo para regresar al cabo de sesenta segundos con las primeras amigas de la edad en su rostro. Ya no habría más la pena de ver a los mejores amigos de uno envejecer de mes en mes.

Porque ya no se trataría de hombres, sino más bien de la imagen de esos hombres.

Transferencia de materia, se dijo Spencer. Al menos, esa era la expresión que mejor podía emplearse. Se enviaría a un hombre al pasado, por supuesto; pero el transportador no se desplazaría materialmente por el Tiempo como actualmente, sino que proyectaría un diseño de sí mismo y de su ocupante, los cuales se materializarían en el objetivo elegido. Y en el interior del transportador - del transportador de base, del primer transportador, del transportador-padre -, que permanecería en el presente, habría otra imagen, un doble de la imagen del hombre enviado a través del Tiempo.

Y cuando el hombre regresara al Tiempo presente, no sería tal como era en aquel momento del pasado, sino como la imagen encerrada en el transportador a la espera diría que *había sido* cuando había partido en su viaje por el Tiempo.

Saldría del transportador exactamente tal y como había entrado, ni un segundo más viejo... ¡sino más bien un minuto más joven de lo que le correspondería!, ya que los sesenta segundos transcurridos entre la partida y el regreso no intervendrían.

Durante años, los servicios de investigación de *Pasado & Cía.* habían buscado la solución a aquel problema sin aproximarse nunca a ella. Y he aquí que un desconocido había llegado inesperadamente y se había sentado, con las espaldas encorvadas, en la sala de espera, con su maletín sobre las rodillas. Tenía la solución en sus manos, pero había tenido que esperar.

Y había esperado y esperado, y finalmente había muerto.

Llamaron a la puerta de la sala de espera. Oyó a la señorita Grane levantarse y acudir a abrir.

Spencer metió apresuradamente los papeles en un cajón. Luego se levantó, rodeó el escritorio y acudió a la oficina contigua.

Ross Hawkes, jefe del Servicio Jurídico de *Pasado & Cía.*, estaba de pie junto al

cuerpo tendido en la moqueta.

- Hola, Ross - dijo Spencer -. Una enojosa historia.

Hawkes levantó hacia él unos ojos intrigados. Sus pupilas azul pálido brillaban tras sus inmaculadas gafas, y su rostro lívido hacía juego con su pelo, de un blanco de nieve.

-¿Pero qué estaba haciendo aquí Dan'l? - preguntó.

-¿Dan'l? - repitió Spencer -. Creo que se llama Boone Hudson.

- Oh, si, ya sé - dijo Hawkes -. Pero los chicos le llamaban Dan'l... ¿Comprendes?: ¡Daniel Boone! A veces le molestaba que le llamaran así. Trabajaba en Investigación. Tuvimos que echarlo hace unos quince o dieciséis años. Lo he reconocido porque intentó crearnos dificultades. Quiso presentar una demanda contra nosotros.

Spencer inclinó la cabeza.

- Gracias. Si, entiendo - dijo.

Estaba a mitad de camino hacia su despacho cuando se giró.

- Una pregunta, Ross. ¿Por qué fue despedido?

- No lo recuerdo exactamente Dejó a un lado el trabajo que le había sido encomendado para avanzar por una tangente. Algo sobre transferencias de materia, creo.

- Ajá - dijo Spencer. Entró en su despacho, cerró sus cajones con llave y salió por la parte de atrás.

En el parking, subió a su coche, hizo marcha atrás y salió con precauciones a la calle. Un coche de policía estaba aparcando ante el edificio, y dos agentes salieron de él. Una ambulancia se detuvo tras el coche de policía.

Así, pensó Spencer, Hudson fue despedido hace quince años porque tenía una idea loca acerca de la transferencia de materia y no quería dedicarse al trabajo que le había sido impuesto. Y hoy en día Investigación seguía dándole vueltas y más vueltas intentando hallar una solución, que Hudson les hubiera proporcionado bien cocida y calentita muchos años antes si tan sólo lo hubieran escuchado.

Spencer intentó imaginar lo que debían haber sido aquellos quince años para Hudson, que los debía haber consagrado enteramente a su tranquila manía. Y finalmente había encontrado lo que buscaba, había procedido a las verificaciones, y había venido a *Pasado & Cía*, para restregarles su éxito por las narices.

Exactamente como él mismo, Hallock Spencer, iba a hacer ahora mismo.

La calle Greenwich estaba situada en un tranquilo barrio de una elegante miseria, con pequeñas casas antiguas. Pese a las pocas dimensiones y la edad de las casas y en algunos casos su mal estado de conservación -, se desprendía de la zona una impresión de reposado orgullo y respetabilidad.

En el manuscrito, el domicilio señalado era: calle Greenwich, 241. La casa, de ladrillo oscuro, era baja, rodeada de una decrepita valía de madera. Subió los chirriantes peldaños de la entrada y, al no encontrar el timbre, golpeó con los nudillos la cerrada puerta.

Ninguna respuesta. Tanteó el picaporte, y observó que la puerta no estaba cerrada con llave. La entreabrió y se deslizó al silencioso vestíbulo.

-¿Hay alguien? - llamo.

Esperó. No había nadie.

Pasó al salón, y contempló las pruebas de la existencia espartana, casi monacal, que había llevado el hombre que había vivido allá.

Evidentemente había vivido solo, ya que la estancia tenía toda la apariencia de provisionalidad de la morada de un solterón. Un camastro en un rincón, con una camisa sucia tirada encima. Dos pares de zapatos y unas zapatillas alineados bajo el camastro. Un puñado de corbatas colgando de una barra. Una mesita colocada en el rincón más cercano a la cocina. Una caja de galletas y un vaso sucio aún de leche encima de la mesita. A pocos pasos de ella, un enorme escritorio sobre el que tan sólo había una antigua máquina de escribir y una foto enmarcada.

Spencer se acercó y empezó a abrir los cajones. Estaban casi vacíos. En unos de ellos encontró una pipa, una caja de clips, una máquina grapadora y una única ficha de póker. Los demás le mostraron un amasijo de cosas sin importancia. En uno de ellos había un paquete casi entero de hojas de papel... pero en ninguno ni una sola línea escrita. En el último cajón de la izquierda descubrió una botella cuadrada medio llena de buen whisky.

Eso era todo.

Revolvió en la cómoda. Tan sólo camisas, ropa interior y calcetines.

Inspeccionó la cocina. El hornillo, la nevera y los armarios. No encontró más que algunas provisiones.

Y las habitaciones - había dos - estaban vacías, vírgenes de todo mueble, con una

delgada capa de polvo en el suelo y en las paredes. Spencer se inmovilizó en el umbral de cada una de ellas, sintiendo una fuerte impresión de tristeza. No entró.

De regreso al salón, tomó la fotografía del escritorio. Era una mujer de sonrisa cansada pero animosa, con un halo de blancos cabellos y un aire de infinita paciencia.

No había nada que descubrir en aquella casa, se dijo. A menos que tuviera tiempo de escudriñar todos los rincones, demolerla pieza a pieza, ladrillo a ladrillo. E, incluso así, probablemente no habría nada de lo que pudiera sacar provecho.

Abandonó la casa para regresar a su oficina.

- Ha almorzado aprisa - observó la señorita Grane con un tono ácido.

-¿Todo va bien? - preguntó él.

- La policía ha sido muy amable. El señor Hawkes y el señor Snell están impacientes por verle. Y el señor Garside ha telefoneado.

- Dentro de unos instantes. Ahora tengo trabajo. No quiero que nadie me moleste.

Se metió en su despacho y cerró la puerta con gesto decisivo.

Tomó los papeles de Hudson del cajón y empezó a leerlos atentamente.

El no era ingeniero, pero conocía lo bastante sobre el tema como para comprender en su conjunto el principio, aunque a veces tuvo que hacer marcha atrás para releer algún que otro párrafo o para estudiar un diagrama pasado demasiado aprisa. Así llegó hasta el final.

Todo estaba allí.

Naturalmente, iba a hacer falta que los ingenieros y los técnicos procedieran a las oportunas verificaciones. Sin duda se presentarían pequeñas dificultades de construcción, pero el concepto, tanto teórico como aplicado, estaba enteramente expuesto en el documento.

Hudson no se había guardado nada para sí... ni un solo punto esencial, ni una sola clave.

Aquello era una locura, pensó Spencer. Siempre debía conservarse una ventaja para negociar. No se podía confiar en nadie, y menos aún en una firma, como sin embargo parecía que Hudson había estado a punto de hacer. En particular, no se podía confiar en una empresa que hacía quince años lo había despedido a uno precisamente por haber emprendido por iniciativa propia un estudio sobre aquel mismo concepto.

Era a la vez trágico y ridículo, reflexionó Spencer. *Pasado & Cía.* jamás hubiera visto el fin que perseguía Hudson. Y el propio Hudson estaba por aquel entonces sin ningún argumento válido que ofrecer, ya que aún no había conseguido afianzarse ni en la validez de su concepto ni en sí mismo. Y si hubiera intentado hablar de él, se le habrían reído en las narices porque no poseía la reputación necesaria para aventurarse a fantásticos sueños.

Spencer recordó la casa de la calle Greenwich, aquella vida acurrucada en una sola habitación, con las otras dos completamente desnudas y toda la casa desprovista del más mínimo confort, y pensó que probablemente todo el mobiliario de aquellas habitaciones, todo lo que había ido acumulando a lo largo de los años, había ido siendo vendido, pedazo a pedazo, para permitirle sobrevivir.

Un hombre consagrado a su sueño, se dijo Spencer, un hombre que vivía con aquel sueño desde hacía tanto tiempo que se había convertido en su propia vida. Quizá él mismo había sabido que no iba a tardar en morir,

Lo que podía explicar su impaciencia ante aquella prolongada espera.

Puso a un lado el manuscrito de Hudson y tomó las notas. Las páginas estaban repletas de misteriosas líneas escritas a lápiz, largas secuencias de abstracciones matemáticas, de croquis apenas esbozados. Aquello no le iluminaba nada.

¿Y el otro documento?, se preguntó Hudson. Aquel que había dejado en el maletín y que trataba de la moral. ¿No estaría en estrecha relación con todo el concepto? ¿No encerraría algo importante que tuviera una fuerte incidencia en el propio concepto?

Forzosamente, los viajes por el tiempo estaban regidos por un decálogo ético esencialmente compuesto por prohibiciones.

No transportarás a un ser humano del pasado.

No rescatarás ningún objeto a menos que esté irremediablemente perdido.

No informarás a nadie del pasado de la posibilidad de viajar por el tiempo.

No te mezclarás en ningún caso en la evolución del pasado.

No intentarás en absoluto ir hacia el futuro... y no preguntes por qué, la pregunta sería indecente.

8

El interfono dejó oír su llamada. Apretó el pulsador.

-¿Sí, señorita Grane?

- El señor Garside está aquí y quiere verle. El señor Hawkes y el señor Snell lo acompañan.

Creyó captar en su voz un claro acento de satisfacción.

- Está bien. Dígales que pasen.

Recogió los esparcidos papeles y los metió en su propio maletín portadocumentos luego se reclinó mientras entraban.

- Oh, caballeros, esto es una verdadera invasión.

Mientras decía aquello, se dio cuenta de que había cometido una equivocación. Ni siquiera sonreían. Y comprendió que la situación era desfavorable. Cada vez que Jurídica y Relaciones Públicas se reunían era de mal agüero.

Se sentaron.

- Hemos pensado - comenzó Snell con su más educada voz de R.P.- que si nos pudiéramos a discutir conjuntamente...

Hawkes lo interrumpió bruscamente, dirigiéndose a Spencer con tono acusador:

- Ha conseguido usted colocarnos en una posición sumamente embarazosa.

- Oh, sí, lo sé - dijo Spencer -. Enumeramos sus distintos elementos. Uno de mis hombres ha traído consigo a un ser humano del pasado. Un hombre ha muerto en mi oficina. He olvidado mostrarme cortés con un pretencioso que ha llegado a paso de carga para ayudarnos a dirigir nuestros asuntos.

- Me parece que se está tomando usted todo esto muy a la ligera - observó Garside.

- Es posible Vayamos pues un poco más lejos. Todo esto me importa un rábano. No podemos permitir a un grupo cualquiera que presione para la formulación de la doctrina de la empresa.

- Por supuesto, se está refiriendo usted en este momento al asunto Ravenholt - dijo Garside

-¡Chris! - gritó Snell, entusiasta -. ¡Acaba de meter el dedo en la llaga! He aquí una ocasión para atraernos verdaderamente el favor del público. No creo que el público nos haya otorgado realmente su confianza hasta el presente. Formamos una empresa que para el individuo medio huele a brujería. Y, naturalmente, se mantiene apartado de ella.

- Más exactamente - dijo Hawkes impaciente -: si rehusamos este proyecto... entonces...

- Proyecto Dios - murmuró Spencer.
- No estoy seguro de que me guste esta designación.
- Encuentre usted mismo otra - dijo fríamente Spencer -. Así es como lo llamamos.
- Si no le damos vía libre, se nos acusará de ateísmo...
-¿Y cómo sabrá el público que no le hemos dado vía libre? - preguntó Spencer.
- Puede estar usted seguro de que Ravenholt se ocupará personalmente de divulgar que hemos rehusado el proyecto - observó amargamente Snell.

Spencer dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, repentinamente encolerizado.

-¡Ya les he dicho como podemos desembarazarnos de Ravenholt! - gritó.

- Hal, eso es sencillamente imposible - dijo Garside con voz moderada -. Existe algo llamado dignidad.

- Por supuesto que es imposible - Concedió Spencer -. Pero tienen la solución de ceder ante Ravenholt y los que le apoyan, sean quienes sean. Pueden iniciar el estudio del origen de las religiones. Pueden falsificar los informes. Así mantendrán su dignidad.

Permanecieron los tres silenciosos, estupefactos. Spencer se sintió bruscamente sorprendido de haberse atrevido a decir algo semejante. Se suponía que nadie hablaba así a sus jefes.

Pero había algo que añadir.

- Chris – dijo -, no va a hacer ningún caso del informe que le entregué y va a dar vía libre al proyecto, ¿no es así?

Fue Garside quien respondió, con una aplicada educación:

- Temo que debemos hacerlo así.

Spencer miró uno tras otro a Hawkes y a Snell, y vio las secretas sonrisas que afloraban a sus labios... la despectiva y burlona sonrisa de la autoridad que se afirma.

Añadió lentamente:

- Sí, veo que van ustedes a aceptar. Bien, el proyecto es suyo desde ahora. Es a ustedes a quienes corresponde encontrar las soluciones.

- Pero eso incumbe a su servicio.

- Ya no. En este momento acabo de presentar mi dimisión.

-¡Veamos, Hal, usted no puede hacer eso! ¡Sin preaviso! ¡Por una simple discusión!

De acuerdo que tenemos nuestras pequeñas divergencias en nuestros puntos de vista, pero

esto no justifica...

- He decidido que debo detenerles de una u otra manera - dijo lentamente Spencer -. No puedo dejarles proseguir con ese Proyecto Dios. Les advierto que si le dan vía libre, voy a desacreditarles. Proporcionaré a público las pruebas exactas e indudables de todo lo que hayan hecho. Y, mientras aguardo, tengo intención de instalarme por mi propia cuenta.

-¿En los viajes temporales tal vez?

Se estaban burlando de él.

Estaba pensando en ello. Snell sonrió despectivamente.

- Ni siquiera va a conseguir la licencia.

- Me temo que sí.

Y Spencer sabía que tenía razón. Con un concepto enteramente nuevo en sus manos, no iba a tener la menor dificultad.

Garside se levantó.

- Bien - dijo a Spencer -, ya ha tenido usted su pequeña rabieta. Cuando se haya calmado un poco, venga a verme.

Spencer negó con la cabeza.

- Adiós, Chris - dijo.

No se levantó. Permaneció sentado mientras salían.

Era curioso, pero ahora que todo había terminado - o que apenas acababa de empezar - no experimentaba la menor tensión nerviosa. Se sentía calmado, muy calmado. Y sabía que aquella calma sería duradera.

Ahora tendría que preocuparse por encontrar capital, contratar técnicos e ingenieros, entrenar viajeros, y una montaña de otras cosas.

Mientras reflexionaba sobre todo aquello sintió al aguijonazo de una duda pasajera, pero se encogió de hombros. Se levantó para dirigirse a la oficina anexa.

- Señorita Grane, el señor Cabell debía volver esta tarde - dijo.

- No lo he visto, señor.

- Por supuesto que no.

Porque, de repente, todo se iba aclarando ¡Si tan sólo pudiera creer en ello!

Había habido una expresión sorprendentemente extraña en los ojos del joven Cabell durante toda la entrevista. Y ahora, de pronto, comprendía lo que significaba exactamente

aquella expresión.

¡Era adulación!

El tipo de expresión reservada a alguien que forma parte de la leyenda.

Y debía estar equivocada, se decía Spencer, ya que él no pertenecía a ninguna leyenda... al menos aún no.

Había habido otra cosa aún en los ojos del joven Cabell. Y también lo adivinó. Cabell era un hombre joven, pero sus ojos eran viejos. Eran unos ojos que conocían la vida mejor de lo que cualquier hombre de treinta años tenía derecho a conocer.

-¿Qué le digo si vuelve? - preguntó la señorita Crane.

- No importa. Estoy seguro de que no volverá - dijo Spencer.

Puesto que el trabajo de Cabell había acabado. ¿Cuál había sido realmente la razón de este trabajo? ¿Era acaso una violación de la moral, pensó, una interferencia en estado puro, o simplemente una concesión a las tentaciones de jugar a ser Dios?

¿O quizá, se preguntó, todo había sido previsto?

- Señorita Crane – continuo -, ¿tiene la bondad de escribir una carta de dimisión? A partir de ahora mismo. En una forma muy oficial. Dirigida personalmente a Garside.

La señorita Crane ni siquiera parpadeó. Metió una hoja de papel en la máquina.

-¿Qué motivo debo aducir? - preguntó.

- Puede decirle que pienso instalarme por mi cuenta.

¿Había existido algún otro Tiempo donde las cosas no habían ocurrido así?, se preguntó. ¿Un Tiempo en el que Hudson había conseguido hablar con él y no había muerto? ¿Había existido un Tiempo donde él había entregado el concepto de Hudson a *Pasado & Cía* en lugar de tomarlo para su propio provecho?

Si Cabell no se hubiera presentado, era muy probable que finalmente hubiera recibido a Hudson antes de que fuera demasiado tarde. Y si hubiera hablado con él, lo más probable es que hubiera transmitido el concepto por los conductos ordinarios.

Pero, aún admitiendo esto, se sorprendió, ¿cómo podían tener (fueran quienes fuesen) la certeza de que no recibiría primero a Hudson? Recordaba claramente que la señorita Crane había insistido para que lo recibiera en primer lugar.

«Exacto, eso era», pensó excitadamente. «Se habría entrevistado con toda seguridad primero con Hudson *si la señorita Crane no le hubiera insistido tanto en que lo hiciera.*

Y, de pie ante su escritorio, pensó en todos aquellos años a través de los cuales la señorita Crane debía haberse estado esforzando... condicionándolo hasta el punto de adquirir la convicción de que haría irremediablemente lo contrario de lo que ella le sugiriera.

- Señor Spencer - dijo la señorita Crane -, la carta ya está hecha. Y hay otra cosa que he olvidado decirle.

Rebuscó en uno de sus cajones, y tomó algo que colocó sobre su mesa.

Era el portadocumentos de Hudson.

- La policía no ha demostrado el menor interés por él – dijo -. Realmente, son negligentes en grado sumo. He pensado que tal vez pudiera serle a usted útil

Spencer contempló el portadocumentos con aire alucinado.

- Lo que hay en su interior completará, sin duda alguna, el resto de sus dossiers - añadió ella -. Recuerde: la moral es siempre importante.

Un apagado ruido en el suelo hizo que Spencer se girara. Un conejito blanco, de largas y colgantes orejas, saltaba por la moqueta en busca de una problemática zanahoria.

-¡Oh, qué encantador! - exclamó la señorita Crane, saliéndose de su personaje habitual -. ¿Es el que nos ha enviado el señor Nickerson?

- Exactamente Lo había olvidado por completo

-¿Puedo quedármelo?

- Señorita Crane, me pregunto...

-¿Sí, señor Spencer?

Spencer calló. ¿Qué podía decirle?

¿Podía comunicarle sin más que *ahora* sabía que ella era también uno de *ellos*?

¡Exigiría tantas explicaciones, y tan y tan complejas! Además, la señorita Crane no era el tipo de persona al que uno pudiera hacer confidencia de sus sentimientos.

Tragó saliva.

- Señorita Crane, me preguntaba si aceptaría usted el trabajar para mí. Necesito una secretaria.

La señorita Crane negó con la cabeza.

- No, señor. Me voy haciendo vieja. Estoy pensando en retirarme. Y creo que, ahora que usted se va de aquí, lo mejor que puedo hacer es sencillamente desaparecer

-¡Pero señorita Crane, la voy a necesitar terriblemente!

- Cualquier día... muy pronto - dijo la señorita Crane -, cuando necesite usted realmente una secretaria... tendrá una candidata al puesto. Levará un traje de un color azul verdoso y gafas última moda, y traerá en brazos un conejito blanco con un lazo al cuello. Quizá le de la impresión de ser una chica excesivamente desenvuelta... pero la aceptará. Contrátela sin la menor vacilación.

- Lo recordaré - dijo Spencer -. La esperaré. El puesto no será para nadie más.

- No se me parecerá en absoluto - le advirtió la señorita Crane -. Será más agradable... como usted siempre ha querido.

- Muchas gracias, señorita Crane - dijo Spencer, un poco estúpidamente.

- Y no olvide usted esto - añadió ella; tendiéndole el portadocumentos.

Spencer lo tomó y se dirigió hacia la puerta. Ya en ella, se giró.

- Nos volveremos a ver - afirmó.

Por primera vez en quince años, la señorita Crane le sonrió.

Clifford Donald Simak

3 de agosto de 1904- 25 de abril de 1988, periodista y escritor de ciencia ficción nacido en, Millville, Wisconsin (EE.UU.).

Tras estudiar en la universidad de Wisconsin, se trasladó a Minneapolis (Minnesota), donde ejerció el periodismo durante bastante tiempo antes de convertirse en escritor, trabajando para diversos periódicos del Medio Oeste. En plena época "pulp" publicó su primer relato El mundo del sol rojo (1935). No volvería a publicar hasta la Edad de Oro, donde formó parte del llamado círculo de Campbell.

A él se deben dos de las obras más significativas del género: Ciudad (1952), con la cual obtuvo el premio International Fantasy Award; y Estación de tránsito (1963),

con la que obtuvo un Premio Hugo a la mejor novela en 1964.
En 1976 recibió el prestigioso galardón Gran Maestro de la SFWA, premio en reconocimiento a la labor de toda una vida dedicada a la ciencia ficción.
En 1988 fallece en Minneapolis a la edad de 84 años.

Al INDICE

4. CUENTO MADE IN CUBA : Mr. Truman y Dr. Lewis.

Por Abel Ballester Zuaznabar.

I Mr. Truman y Dr. Lewis

Aquel día, cuando el Dr. Lewis se acercó a mí para comentarme en secreto sus planes, debí haberle advertido los peligros que entrañaban. Tuve miedo, mucho miedo de perder una oportunidad única como esa por una tonta preocupación. Ya él era famoso por descubrir la sensibilidad de los tejidos humanos a los campos etéreos y por diseñar y poner a punto una cámara de células, para ver las energías invisibles a los equipos convencionales. Su éxito con los fantasmas lo inspiró a seguir sus investigaciones, pero ésta vez con el concurso de mis conocimientos.

-Mr. Truman – me dijo -. El hombre ha estado creando todo tipo de sensores mecánicos o electrónicos para medir todo en el universo, pero ha olvidado el mejor, natural y más completo de todos.

-¿Cuál Dr. Lewis?

-El cerebro humano... Le explico, el cerebro tiene la gran ventaja de traducir todas las sensaciones en imágenes. ¿Se imagina usted? Si logramos ver esas imágenes podríamos ver mucho más allá de las energías invisibles. Veríamos la información asociada a ellas. Podríamos escuchar y tal vez hasta sentir.

-¿Leer la mente?

-Yo tengo un gran adelanto en mi campo, pero necesito a alguien como usted, un estudioso del cerebro humano que me asesore.

Quise decirle del peligro, pero yo también era ambicioso. Creo que aún lo soy. En fin, luego de tres años de estudio concluimos con rotundo éxito un lector de mentes de alta resolución. Podíamos ver los sueños, escuchar y ver a los fantasmas tan nítidamente en nuestras computadoras que incluso los podíamos reconocer. Conocimos de la telepatía, la levitación. No había nada que no pudiésemos estudiar, sólo era llevar a nuestros laboratorios a las personas con esas facultades y ya. Pero faltaba algo que yo había olvidado en ese tiempo, el temor inicial que no me atreví advertirle al Dr. Lewis. Éste temor retornó a mí debido a un asistente que al final de una jornada comentó:

-Con esto podemos probar si realmente existe dios – noté que el Dr. Lewis lo miró y se le iluminaron los ojos.

-¡Cierto! – exclamó con mucha alegría -. Sería el fin del debate.

Entonces no pude aguantar más y se lo dije.

-Eso sería peligroso – ellos me miraron con dudas -.¿Imagínense que comprobamos que no existe? Nos harán pedazos, además los creyentes de otras religiones querrán probar que sus dioses son los verdaderos. Ocurriría una guerra. Si por el contrario, probamos que existe, muchos querrán probar que los de otras culturas no existen, y aquellos que sí. Sería igual una guerra. No viviremos para contarlo.

Pero esto no concientizó a nadie y se comenzaron los preparativos. Yo terminé pensando que no tenía que ser tan grave como dije.

Se buscaron a decenas de personas que decían poder hablar con Él. La mayoría resultó ser unos farsantes, otros resultaron estar poseídos por extrañas entidades. Al menos quedaron suficientes como para un estudio estadístico. Todo era muy sencillo, los mensajes recibidos por éstas personas serían analizados conjuntamente con autoridades eclesiásticas y si resultaban lo suficientemente coherentes, se podría tener la certeza de que era Él. Con un poco de suerte se podría ver su rostro, o escuchar su voz.

Afuera el mundo esperaba los resultados del experimento. Yo nunca quise que eso saliera de las paredes del laboratorio, pero antes de lograr convencer a los obispos y cardenales que nos asesoraban, estos divulgaron nuestros planes y ahora todos conocían al Dr. Lewis y peor aún, a mí.

En esos días retornaba a mi hogar muy tarde, a veces de noche. Una de esas tuve un encuentro desagradable al parquear el auto. Alguien se me aproximó al salir del mismo y realmente creí que sería mi último día.

-¿Mr. Truman?- su llamado fue una advertencia para mis sentidos.

-¿Sí señor?

-Cuando prueben su artefacto no digan nada de si existe o no, sólo que el equipo no funcionó.

Asustado miré hacia la casa y al retornar la vista a él, ya no estaba. Corrí hasta el umbral y al entrar, Tania me esperaba con los pequeños. No notaron nada raro en mí hasta que les expliqué que debían marcharse. Le dije que fuera a casa de sus padres allá en Colombia

por un buen tiempo y no estuve tranquilo hasta que después de un proceso de convencimiento los vi partir esa misma noche. Al otro día darían los resultados de la investigación, había sido advertido, tal vez fuese un fanático, un hombre de bien, o tal vez ... Él. A la mañana siguiente cuando llegué al instituto, un cardenal me contó que alguien los contactó a todos, incluso al Dr. Lewis para que no revelaran nada, pero fue inútil. Había llegado tarde y ya éste estaba frente a las cámaras con todas las pruebas. El cardenal sonriente me dijo

-Nunca dudé.

Ese fue el día más tenso en mi vida. Bueno, recientemente he tenido otros peores, pero al menos la lucha por la supervivencia me ha distraído más que el temor de que se cumplan mis predicciones. Todo se desató en poco tiempo. Un grupo de gente con políticos a la cabeza quiso probar que nuestro dios es real y los demás, pura invención. Unos europeos quisieron probar si los árabes tenían en que creer, fueron secuestrados y ejecutados. Un tal Omar, probó la existencia de Mahoma y puso en dudas nuestras investigaciones con un lector de mentes similar. Por esos días asesinaron al Dr. Lewis, yo tuve que huir y alguien que tal vez nunca logre conocer, descubrió a mi familia y los desapareció a todos.

Los cabezas de trapo nos volaron un estadio de baseball lleno de aficionados y se les declaró la guerra. Los fanáticos aprovecharon para realzar el odio y la sed de demostrar que los demás dioses son falsos. Al debate se unieron los latinos por un lado y los africanos por otro. A las dos semanas todo el mundo estaba implicado, se sucedieron los asesinatos por doquier. Los inmigrantes árabes, los judíos, los budistas, los católicos, hasta los adoradores de Elvis Presley, pelearon unos contra otros. Las guerras fueron internas y externas, los ejércitos multinacionales de algunas naciones se volvieron una mezcla de grupos enemigos. No ha quedado casi nadie para hacer el cuento. Si tropiezas con alguien entre los escombros, trata de no hablar para que no identifique tu filiación. Cerca escucho el rugir de un tanque, es de mi país pero no sé si es de mi bando. Que tal si salgo de mi escondrijo donde me agobia el hambre y la sed en busca de su ayuda y lo que me pregunten al verme, no sea mi nombre, o que hago aquí, sino: "¿Crees en Alá?". ¿Y qué si contesto que "no"? ¿Y qué si contesto que "sí"?

II. La última plática.

Llevaba ya tres días escondido en un agujero entre los restos del hotel Embajador, último de los refugios que busqué durante la gran guerra. El hambre y la sed me agobiaban, pero no podía salir pues los francotiradores podrían estar acechando. Me mantenía sentado sobre un bulto de cables y cabillas retorcidas que cedían con mi peso a modo de colchón. El lugar era muy estrecho, lo había hallado tanteando a ciegas luego de recuperarme de la explosión que echó abajo al edificio. Estando allí lo volví a ver, era el hombre que se me apareció una noche y me advirtió. Estaba justo frente a mí, mirándome como con lástima. Al principio pensé que alucinaba pero luego me convencí de que no.

-¿Mr. Truman?- me dijo -. ¿Se encuentra bien?

No supe que contestar.

-Se lo advertí. ¿Lo recuerda? Era cuestión de lógica que el invento del Dr. Lewis conduciría a esto. Usted lo sabía, usted pudo evitar lo sucedido, pero no hizo nada aun teniendo tiempo.

-Sí, pero al otro día cuando fui a hablar con él ya era tarde...

-¿Qué era tarde dice? ¿Por qué no lo hizo esa misma noche?

-Es que yo...- no sabía como justificarme. Él tomó los restos de un teléfono aplastados por los escombros y se llevó el auricular al oído.

-Halo. ¿Es el Dr. Lewis?...¡Oooh que gusto me da escucharlo! Mire soy yo, Truman. Quería decirle que hoy...¿Cómo? ¿Ahora mismo?...¡Igual que a mí! ¡Ooah sí Dr. Lewis! Eso mismo me advirtió a mí. Bueno Dr. Lewis, ¿no cree que con una advertencia como ésta no sería mejor suspender el experimento y decir que no funcionó como éste hombre sugiere?...¿Cómo Dr. Lewis? ¿Qué no se dejará intimidar? ¡Wow! Pues sepa usted que no estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de lo que ocurra. Si usted dice que el experimento funcionó, yo lo desmentiré...¿Cómo Dr. Lewis? ¿Qué yo soy qué? ¡Lo propio Dr. Lewis! ¡Tenga usted una buena noche! ¡Clan!

No pude menos que bajar la cabeza avergonzado.

-Usted prefirió dormir, enviar a su familia a Colombia donde los hallaron y los mataron a todos -las lagrimas se me salieron a borbotones -. Usted pudo impedirlo al momento, pero

esperó al otro día. La suerte del mundo estuvo todo el tiempo en sus manos y en una cabrona llamada telefónica.

-Yo no quería esto. Yo soñaba con lograr algo...en un momento pensé, cuando dijeron lo de hablar con dios, que podríamos alcanzarlo. Estar a su altura...ser...

-¿Superiores?- me interrumpió como si supiese lo que iba a decir -. No tema decirlo. Yo no soy Él. Era lógico que ustedes terminarían revelándolo todo pues el hombre siempre ha sido así. Siempre ha querido ser libre. El ser humano es corrupto por naturaleza. Siempre necesita en que creer y viéndose rodeado de mortales lo busca a Él que siempre está ahí, es superior y no merma con el tiempo. El que precisamente ustedes querían demostrar si existía o no. ¿Usted es creyente Mr. Truman?

-Sí...lo soy- contesté intrigado.

-¿Es creyente y aun así quería demostrar si Él existía? ¿Qué clase de fe es esa? ¿Una fe en la que hay que demostrar si realmente hay en que creer? ¡Es ridículo! Cuando se tiene fe se cree y punto. Es absurdo. Eso es irrespetuoso. ¿Se imagina que pensaría Él de usted cuando muestra ese escepticismo, esa desconfianza? ¿Era el difunto Dr. Lewis creyente?

Yo asentí muy apenado.

-¡Corruptos! No le son fieles a nadie. ¡A nadie! No me extraña nada de ustedes. El ser humano al creer se vuelve más unido y a la vez pierde algo de miedo. Por eso se sienten incomodos a la vez. Ya veras por que te digo todo esto.

Yo no podía decir nada.

-Por ser Él un ser superior no tiene que dar explicaciones de sus actos, nunca se asume que les halla fallado en algo. Es lo que todos ustedes asumen. Sencillamente si lo que se deseaba no se logró, no fue por el hecho de que Él no existiera, sino por que no le dio la gana de cumplir vuestros caprichos y no tiene que justificarse. Él es superior y punto. Sin embargo...y es a lo que iba hace un momento, ustedes siempre han mostrado una naturaleza altanera e irrespetuosa para con Él, en la forma en que le piden que os conceda algo. Y la forma en que ustedes se comportan y se atribuyen el derecho a interrogarlo cuando no cumple. ¿Con qué derecho ustedes le preguntan por que hizo esto o lo otro?

-Nadie ha sido castigado por eso. No hay nada...

-Los siervos de un señor feudal no se atreverían jamás a eso pues tenían ante sí, a un superior de carne y hueso. Pero no sucede lo mismo con Él. Al no verlo el hombre no

siente igual respeto y por ende realiza actos ofensivos para cualquier dios. No es lo mismo la ira de un dios que la ira de un mortal.

-Yo siempre lo he respetado y nunca haría algo contra Él. Sin embargo hay mucha gente interesada en desaparecerlo para siempre. Mi equipo no estaba entre ellos así que tengo derecho a preguntar el porque de sus muertes. Nuestro equipo siempre mantuvo el debido respeto en su labor.

-Mientes...también se pierde respeto cuando se ha obrado mal. Alguien miente como hizo usted ahora, roba o mata y no recibe castigo alguno. Al ver que no sucede nada lo vuelve a hacer, y otra vez, y otra vez. Un día se siente fuera del alcance de la ley de Él, es decir, se siente superior y por lo tanto no debe rendirle cuentas. Muy pocos lo hacen. ¿Usted lo ha hecho recientemente?

No me atreví a mentirle de nuevo y al parecer se dio cuenta pues sonrió.

-Quienes observan pasivamente esta actitud y sus resultados se les va quebrantando su fe, su miedo o respeto al Señor. El hombre sigue bajando la cabeza ante Él pero se da cuenta de que éste le estorba, que es un elemento que le impide la total libertad. A ustedes no les gusta estar por debajo de nadie aunque sea un ser celestial. La naturaleza humana lo prohíbe.

-Veo que pretende generalizar y debe saber que todos no somos iguales. Discrepo señor.

-Con todo su derecho pero no me negará que cuando el hombre es un pelagatos no tiene más remedio que seguir bajando la cabeza. Pero en cuanto tiene algo de dinero comienza el irrespeto y los retos al Señor, comprobando que Él no hace nada ante tales provocaciones. El dinero es la fuente que hace al hombre sentirse por encima, que lo tiene a sus pies como siempre ha deseado y lo logra.

-¿Quién eres tú? ¿Quién eres?- le pregunté en vano y éste sonrió.

-La mayor forma de irrespetarlo son las representaciones de Él como un viejo cuando no es más que un mocoso. Es joven, un hombre joven como lo vieron en sus computadoras.

-¿Quién eres tú?- volví a insistir inútilmente mientras él soltaba una carcajada.

-El hombre siempre ha hecho con Él lo que le viene en gana. ¿Y vos lo sabéis? Usted también fue rico y la gente adinerada son los más fieles y son los que más contribuyen con grandes sumas a la iglesia. ¡Ja! Como si estuviesen comprando propiedades en el cielo. El castigo divino es sólo para los que no lo hacen por tacaños.

Ya comenzaba a cansarme de él y cuando no pude más le mostré mi cólera.

-Tú debes ser Satanás – dije poniéndome de pie -. ¡Fuera!

-¡Siéntate! – su orden fue tan fuerte que la ejecuté automáticamente -. Usted es un científico Mr. Truman y usted provocó esto. Durante siglos el hombre buscó la forma de librarse de Él de una vez y para siempre.

-Las ciencias son un instrumento para entender mejor cual es nuestro lugar. No hay peligro en ellas mientras se use para el bien. Nunca se nos a negado el conocimiento.

-Ahora muchos que se dicen fieles al Señor pero con mucha plata han encontrado en ella el arma perfecta para enfrentársele.

-Eso no es del todo así.

-¿No lo es? ¿Puede explicarme entonces esto? Si tenemos en cuenta que el noventa y cinco por ciento de la población es creyente comprenderá que muchos científicos o personas vinculadas a las ciencias son creyentes como usted. Financiados por la gente de dinero que busca derrocarlo. No demostrando que Él no exista como quisieron hacer ustedes, sino demostrando que son superiores, que el alumno sobrepasó al maestro con creces. ¿Quiénes apoyan la clonación en humanos? Los retadores.

-Yo no tengo que ver nada con eso. Estoy en contra de la clonación humana. La veo mal.

-Lo sé. Pero hay personas como usted, que en su afán de retarlo, por que quieren ser libres; son los primeros que financian todas las investigaciones que demuestren que pueden hacer lo mismo que Él.

-Ya le dije que nada he tenido que ver en cosas semejantes deje de tocarme el maldito tema.

-Sí tiene que ver. Tanto como los involucrados en la clonación humana quieren demostrarle que también pueden crear vida, ustedes quisieron demostrarle que podían espiar sus mensajes. Lo atraparon en videos, CDs y computadoras. ¡Humillante! La naturaleza humana no es muy complicada. Todo es pura lógica.

-¿Te fijaste? Felicidades es usted un genio.

-Parece hacerte mucha gracia esto.

-¿Sabe? Escucharlo durante media hora lamentándose me hace sentir que no estoy tan mal. Que mi esposa y mis hijos murieran, ya para mí es una ...boberiiita al verlo a usted lloriqueando.

-Deberías prestar atención a lo que digo

-¿Por qué? Tal vez sólo seas una alucinación.

-Recuerda que al estallar el monte Santa Helena en el ochenta, el primero en morir fue Harry Truman. Truman como usted. Escuchó todo lo que le dijeron que le podría suceder de quedarse en las faldas del volcán y no hizo nada. Al igual que usted. Parece ser un problema de los Truman el no hacer caso. ¿Por qué Harry Truman autorizó el uso de la bomba atómica aun cuando le advirtieron que no era conveniente? No hizo caso. Lo que hicieron los japoneses en Pearl Harbor no era suficiente motivo. Otros crearon la bomba, pero él la uso. Como le decía, la naturaleza humana es pura lógica. Teniendo en sus manos un arma con una fuerza destructiva tal, él no podía dejar de ver que sucedería al probarla. ¿Cómo no comprobar que el hombre contaba con una replicadora de Sodomas? Qué vuestras armas eran superiores a las de Él. Qué si se atreve le patearan el trasero y lo pondrán a vuestros pies. El comportamiento del presidente Truman y sus seguidores fue compatible con el de todo aquel que quiere sentirse superior.

-Mientras más gente muera, más grande eres.

-Ustedes le llaman a los genocidas, emperadores, reyes, dioses, porque en el fondo todos desean ser como ellos. Libres. Porque el ser humano es corrupto. Siempre lo fue.

-Hablas muy a la ligera para ser quien seas. Adán era perfecto.

-Y pecó.

-Sí pero él...

-Pecó Mr. Truman. Pecó. Y no lo hizo por intervención de nadie.

-¿Ah no? ¿No hubo intervención de nadie?

-Sencillamente iba a suceder y tal vez, Él lo sabía. Si tenemos un hijo y éste comete una falta grave, mata a alguien, roba o algo peor y sabemos que todo es por un defecto suyo. No le decimos que eso sucedió porque él no sirve o porque es defectuoso. Tratamos de decir que no fue su culpa, incluso uno tiende a culpar a alguien como responsable de lo que halla hecho, a veces la propia víctima. En el caso de Adán se culpó a Satanás, pero lo cierto es que Él mintió. Sí fueron ellos los culpables, pero Él no quiso decírselos para no herirlos.

-Prueba que nos ama. Él nos ama. ¿Sabe lo que es el amor?

-¿Amor? No sea tonto Mr. Truman. Él es superior, el amor es de débiles o de aquellos que no tienen tanto poder. Con su actitud perjudicó a otros para salvar a dos criaturas que luego fueron el motivo de su desprecio. Él les ocultó la verdad y ésta es que el ser humano no sirve, que vinieron al mundo con defectos de fábrica, de mano de obra. Tal vez el barro no era el mejor, tenía mucho azufre tal vez. Esas dos criaturas jamás fueron castigadas, pasaron el resto de sus días tan felices que tuvieron más de un hijo. Dar a luz es una bendición para las mujeres y el trabajo hace al hombre independiente y mejor. ¿Dónde está el castigo? Mentir, mentir, mentir y culpar a otros siempre ha sido su estrategia, su forma de juego. Por desgracia el hombre aprendió ésta mala costumbre de culpar a Satanás por todo y no aceptar que ustedes son responsables de sus actos. Eso le juro que me está agotando. Durante siglos he tratado de ser su amigo. Aun así el hombre no viene a mí, prefiere seguir bajando la cabeza ante Él.

-Lo sabía – dije poniéndome de pie -. Tú eres Satanás. Tú eres él. Pero no entiendo cual era su interés en que no probáramos nuestro invento. En todo caso podría salir beneficiado si se probaba que no existía.

-¿Y beneficiarme con el caos? Mr. Truman, no sea idiota. Es esto precisamente lo que quise evitar. El caos humano es incontrolable, ingobernable, imparabile. Ni siquiera Él puede contra el caos humano. ¿Cómo podría yo controlarlo? Durante siglos fuimos enemigos y hubo armonía, pero ahora todo está cabeza abajo. Yo fui rápido y sabio al aparecerme ante usted aquel día y advertirle. Yo confié en usted pues fue el único que se dio cuenta del peligro y ya ve. Ya se ve así mismo dentro de éste sucio agujero. Por su culpa Él ha sido derrotado y yo lanzado al olvido. Pasaran años antes de que alguien vuelva a hablar de Él con respeto y de mí. Aunque no lo crea no sólo le he envidiado, sino que también lo he admirado. Su caída,... es la mía.

Afuera escuche el sonido de unas esteras y luego voces.

-¿Quiénes son?- le pregunte con temor.

-Están buscando supervivientes. Pero no temas, son de su misma creencia religiosa. No le matarán.

Esto me calmó y esperé confiado por ellos que no tardaron en hallarme, pero luego cuando al fin uno se asomó por el agujero, me di cuenta de que me había mentido. Sus rasgos árabes me lo dijeron todo.

-¿Por qué? – le pregunté. Otros hombres me sacaron de allí mientras Él caminaba a mi lado. Me bajaron de los escombros y me llevaron casi a rastras rumbo a un blindado.

-¿Por qué? ¡Si no eres el desgraciado bastardo que todos dicen ¿por qué no me ayudaste? ¿Por qué me mentiste? ¡Te ruego que me ayudes!

Los hombres no me hablaban, sólo me llevaban como autómatas. Él seguía caminando a mi lado y le insistí de nuevo.

-¡Contéstame! –le imploré -.¿Por qué no me ayudas ahora? ¿No es suficiente mi arrepentimiento? ¿Por qué no me ayudas?

Ellos me pararon junto a otros supervivientes y se alejaron preparando las armas.

-Le juro que haré lo que sea si me ayuda. Usted tiene poder, usted puede parar esto. No quiero morir.

Él me miro por unos segundos y en sus ojos vi cierta compasión. Entonces dijo:

-Estás siendo altanero e irrespetuoso como todos. Recuerda que no somos iguales. Soy superior. No tengo porque darte explicaciones de mis actos.

Entonces desapareció, simplemente desapareció. Él podía, yo no.

Abel Ball ester Zuaznábar

Colón, 1975. Graduado de Ingeniería Química. Trabaja en el área de Control de la Calidad. Ilustrador y pintor autodidacta. Ha expuesto sus obras en las galerías de la Universidad de Matanzas y en la sede de la AHS- Ciudad Habana. Es miembro del Taller Espiral de Creación de Ciencia Ficción y Fantasía. Cuentos suyos han sido incluidos en la antología "Secretos del Futuro" Sed de Belleza 2007

5. ENTREVISTA : Julián Díez.

18 de Marzo de 2003

Tomado de <http://www.elmundo.es/>

1. ¿Cuáles son tus próximos proyectos a medio y largo plazo?

Buenas tardes a todos. Por el momento, estoy bastante liado con la promoción de la Antología Española de Ciencia ficción, que está mereciendo una gran atención por parte de Minotauro. Además, sigo con la edición de las antologías Artifex. Para fin de año tal vez haya un nuevo libro, y quizá una colección de ensayos para el siguiente. Y, como siempre, ando tocando muchas teclas simultáneamente para llevar a cabo actividades que difundan al máximo la cf entre los lectores generales.

2. ¿Qué te ha parecido la II Antología de relatos del Melocotón Mecánico?

En España se hacen numerosos fanzines con mayor o menor fortuna. En el caso de El Melocotón Mecánico, sería de agradecer un mayor cuidado en la edición. Sus publicaciones no resultan presentables fuera del ámbito de los muy aficionados, y eso siempre es algo a mejorar.

3. ¿Se venderá ciencia-ficción española algún día fuera de nuestras fronteras?

Se está vendiendo. Juan Miguel Aguilera ha publicado ya novelas en Francia, y ha vendido su última obra directamente a ese mercado. También van a salir publicados escritores españoles de cf en Polonia. Es un momento excelente y creo que podemos empezar a recoger frutos, aunque reconozco que mi ambición sigue siendo conseguir algún mecanismo para abrir el mercado anglosajón.

4. Julián, ¿qué opinas de que siempre se asocie al rol, a la ciencia-ficción y a los comics con la adolescencia o, directamente, con el crimen, como en los últimos tiempos?

Existe un enorme desconocimiento de estas formas de literatura popular. Supongo que eso cambiará a medida que las personas que nos hemos criado en esos mundillos nos hagamos adultos y pasemos a ocupar puestos de referencia en los medios de comunicación. En cualquier caso, se agradecería que, al menos, algunos ignorantes no se ufanaran tanto de su desconocimiento de lo que son algunas de las fuerzas motoras más representativas de la cultura contemporánea. En resumen, el tiempo nos dará la razón.

5. ¿Que opinas de Gallego y Sanchez? ¿Por que si son de lo mejor que hay en este país no están en la antología?

Por las opiniones que voy recogiendo, lo de haber hecho una antología me recuerda a lo que siempre dicen los entrenadores de fútbol acerca de que hay cuarenta millones de seleccionadores en España... Mi criterio ha sido el de escoger los autores que puedan satisfacer más a un lector culto por su calidad literaria, los más ambiciosos, dejando a un lado aquellos que se conforman con satisfacer las necesidades de un grupo reducido de incondicionales. Mi idea era hacer una antología respetable para "el exterior", y a tenor por la forma en que ha sido recibida en los medios de comunicación generales, ha funcionado.

6. Cinecía-ficción española, sí, pero ¿dónde están los 1984, Un mundo feliz o Fundación españoles?

Pruebe "¡El círculo de Jericó, de César Mallorquí; Viaje a un planeta Wu-Wei, de Gabriel Bermúdez Castillo; Lágrimas de luz, de Rafael Marín; o Mundos en el abismo, de Aguilera y Redal. El que no sean tan conocidos como los títulos que cita no hará más que reforzar la sorpresa que obtendrá cuando los lea.

7. ¿Usted trabajaba en la sección de Deportes de Diario 16? ¿Cómo fue aquella experiencia?

Muy enriquecedora en el plano personal. Tuve la fortuna de aprender al lado de periodistas excelentes, a los que recuerdo con muchísimo cariño. Por las urgencias que supone y la obligación de escribir cotidianamente, un periódico es la mejor escuela que puedo concebir para cualquier profesión relacionada con las letras.

8. ELIJA A UNO DE LOS AUTORES DE SU ANTOLOGIA COMO SU PREFERIDO

No puedo. Muchos son amigos, además de gente a la que admiro.

9. ¿A veces la vida real no le parece ciencia-ficción? Saludos!

Uno de los problemas que tiene la ciencia ficción es que la realidad la ha atrapado en muchos sentidos. Sí, a veces tengo la sensación de vivir en el futuro. O en una pesadilla distópica, tipo 1984 o Limbo, en la que los poderes pueden manipular los medios de comunicación a su antojo. Y a las pruebas actuales me remito.

10. Hola, Julián, aquí una admiradora tuya que lee Gilgamesh de cabo a rabo ¿escribir cf en España es llorar a lágrima viva o a moco tendido? Porque doy por hecho que es llorar sin ninguna duda. Un abrazo.

Era a moco tendido, pero poco a poco podemos hacer cambiar la situación entre todos. Los escritores españoles de cf han ido abandonando progresivamente el campo dadas las escasas compensaciones económicas que les reportaba, pero es una situación que creo que va a cambiar. Veo síntomas de normalización, de aceptación de la cultura general, cada vez más significativos. Y es un fenómeno difícil de parar. Sólo falta que algún escritor español despunte con un best-seller, y el resto irá rodado. Gracias por leer Gigamesh.

11. Usted dirigió Gigamesh durante muchos años, haciendo una labor excelente. ¿No le picará el gusanillo de dirigir otra revista, en el futuro?

Todo es posible. Especialmente si es un proyecto a gran escala de promoción, que responda de forma exacta a lo que a mí me gustaría: muchos relatos, periodicidad mensual exacta y cosas así.

12. Dígame un autor no incluido en su antología (y que no sea Javier Negrete, ni otro por problemas de espacio) que mereciera estar sin dudarlo.

Dos: Félix Palma y Carlos Castrosín.

13. ¿Cree que los fanzines contribuyen a formar autores, o a deformarlos?

Yo mismo he publicado fanzines, y las antologías Artifex en cierta forma lo son. Nosotros trabajamos con los autores, rechazamos cuentos, sugerimos correcciones, incluso procuramos que los autores reenvíen cuentos a otras publicaciones en las que puedan obtener una mayor compensación económica. Intentamos, pues, formarlos. Hay fanzines que publican el material tal cual, sin corrección, y que no aportan nada positivo al acostumbrar a los escritores noveles a la palmada fácil. Como muchas otras cuestiones relacionadas en la ciencia ficción, es algo consustancial a tener un núcleo de seguidores que lo lee y lo compra todo: hacen posible proyectos disparatados, que pueden espantar a un lector cultivado y que nos dan un poco de mala fama. Pero las cosas, con todo, también están mejorando en este aspecto.

14. ¿Por qué el establishment crítico no admite de una vez que muchos autores "importantes" se han acercado a la CF, caso de Orwell o de Huxley, en vez de decir que hacían "fantasías de corte borgiano"?

En España, desafortunadamente -y esto enlaza con otra pregunta posterior-, el establishment crítico da la sensación de ser más cultureta que culto. Es como si tuviera que demostrar a cada momento su profunda formación, negando la posibilidad de cualquier reconocimiento a la lectura popular. Afortunadamente, existe un creciente número de lectores verdaderamente cultos -pienso en gente como Luis Alberto de Cuenca, Fernando Savater o

Fernando Sánchez-Dragó- que no temen descubrir sus pequeños vicios. Será un ejemplo que irá cundiendo a medida, como decía más atrás, que la gente que nos hemos formado en esta cultura contemporánea se encuentre en puestos de influencia.

15. ¿Es posible una edición electrónica de fanzines y revistas de género?

Existen publicaciones electrónicas de interés, como The Plague, Axxon o las novelas que edita la Asociación española de Fantasía y Ciencia Ficción. Y también páginas web con contenidos y noticias que son en sí mismas pequeñas revistas, como www.bibliopolis.org, www.cyberdark.net, www.ciencia-ficcion.com, www.pasadizo.com...

16. ¿Por qué en Francia se vende tan bien la literatura popular y el comic y en España no?

En Francia existe una prolongada tradición de respeto hacia los géneros literarios, plasmada en la veneración que siempre sintieron hacia el polar, la novela negra. La ciencia ficción también tiene ahí cabida regular en cualquier medio de comunicación normal; es curioso que a Juan Miguel Aguilera, por ejemplo, se le hayan hecho entrevistas en Le Monde y no haya aparecido en ningún medio de comunicación nacional español... En Italia, Inglaterra o Estados Unidos la situación es también muy diferente a la que vivimos aquí, donde hasta hace cuatro días parecía que sólo podían estar en los suplementos culturales novelas que tuvieran sugerentes títulos incluyendo palabras como nada, aburrimiento o soledad. Todo eso irá cambiando aun más a medida que el público y los medios conozcan la calidad que se está escribiendo.

17. Usted escribió algún relato interesante, como "los abominables sucesos de la casa Figueroa". Dada su formación como periodista, ¿no le pica el gusanillo de escribir ficción más a menudo?

La verdad es que en la actualidad tengo mis esfuerzos orientados hacia el ensayo y la crítica, y de alguna manera tengo la sensación de que compartir ambas cosas no sería jugar del todo limpio; por muy bien que lo hiciera, ¿sería buena idea incluirme en una antología

que recopilara yo mismo? En el futuro, cuando termine de hacer las cosas que me apetece hacer en el terreno del ensayo y la crítica, es posible, pero tampoco me lo planteo ahora mismo. Y, aunque escriba, me falta el gusanillo de ver mis cosas publicadas, la ambición, ese tipo de cosas que en cambio intento insuflar en los autores españoles.

18. Apueste por un autor español y otro extranjero poco conocidos en la actualidad pero que vayan a triunfar en los próximos años.

Españoles, al margen de los incluidos en la antología, citarí a Víctor Conde y José Antonio del Valle. Extranjeros, tal vez China Miéville y Ted Chiang, si es que escribe algo más que relatos estupendos.

19. Hola, Julián. En tu etapa de director de Gigamesh, planteaste la conveniencia de crear un canon de la cf, en el que considero uno de los debates más interesantes de la historia del género en España. ¿Crees que, en cierto modo, esta antología puede marcar el canon de la cf española de los últimos veinte años?

Creo que sí, con la inclusión de Negrete, Castrosín y Palma. En cuanto a obras, la selección debería aumentar: aquí sólo incluí un cuento por escritor y para ser justos habría que poner más de casi todos ellos.

20. Hola Julián... ¿Cómo crees que puede afectar al mercado que Planeta haya comprado Minotauro y que se acerque así al mercado de la CF? ¿Abrirá puertas y mercados vetados?

De momento, una prueba de que es posible que sí es la promoción que se está dando a esta antología. Es una apuesta muy fuerte, pero razonada: al fin y al cabo, lo que Planeta intenta con Minotauro es que la ciencia ficción tenga una presencia normalizada en el mercado español, equivalente a la que tiene en otros países.

21. Hola Julián. Un gran saludo de Francia por parte de Sylvie Miller. Tengo una pregunta sobre la CF española. A tu parecer, ¿cuales son los temas - si los hagan - más

particularmente españoles tratados en la CF española ? Por ejemplo, aspectos políticos o geográficos, o sociales...

Saludos, Sylvie, recuerdos para los amigos de la cf española en Francia. Creo que se están tratando todo tipo de temas, y que se cubre un abanico que va desde la ciencia ficción de temas científicos con Juan Miguel Aguilera hasta la aventura espacial sofisticada con Javier Negrete o Rodolfo Martínez, la experimentación literaria con Rafael Marín y

Elia Barceló, y sin olvidar una creciente presencia de temática social y de ucronía, es decir, historia alternativa. No hay muchas características comunes entre los autores, salvo una común ambición literaria creciente y el desprendimiento de los modelos anglosajones imperantes.

22. Me alegro de que haya publicado este libro, pero creo que en su etapa como crítico fomentó un estilo bronco que siguieron otros muy partidarios de establecer "cánones" restrictivos al género (no diré nombres)

Bueno, obviamente yo no lo creo así... Lo que sí es cierto es que como crítico he sido sincero, y en ocasiones eso supone ser duro, con el fin de separar el grano de la paja. Especialmente, como en el caso de este chat, porque lo que digo puede tener acogida fuera del círculo de los lectores habituales, y ante lectores nuevos, es necesario cumplir unas exigencias suficientes de calidad literaria. No tengo una visión restrictiva del género, al contrario: me gustan todos los subgéneros, si son abordados con criterios de calidad.

23. No soy lector asiduo de ciencia-ficción, pero he tropezado con Philip K. Dick y me ha enganchado. En gran medida, porque sus personajes son pura "humanidad" (un modesto empleado con sueños de grandeza, un tipo con estrecheces económicas que le impiden comprarse un animal auténtico, hombres desconcertados en sus relaciones conyugales, ...); en tu opinión, ¿es ésta una de las claves del éxito de este autor?. Gracias por tu tiempo.

Sin duda, como también el hecho de que toque pulsiones presentes en el inconsciente del individuo contemporáneo: la sensación de irrealidad, la certeza de que existen circunstancias externas que se nos escapan, el temor a los cambios... Dick es uno de los autores que van siendo respetados poco a poco por la crítica general, gracias precisamente a que con esa capacidad para la parábola fue capaz de hablar más claramente acerca de nuestro entorno que casi todos los autores realistas.

24. ¿Crees que faltan editoriales que se lancen a publicar CF y F o que con las que hay es suficiente porque el mercado no lo soportaría?

Veremos cómo reacciona el mercado a la actual cantidad de editoriales publicando cf. Por el momento, creo que nuevas entradas sólo serían beneficiosas si suponen proyectos serios, y no faltos de respeto o que sólo sirvan para robar espacio en librerías a las buenas iniciativas que desarrollan Minotauro, Gigamesh, La Factoría, Bibliópolis, Nova de Ediciones B, Pulp Magazine o Espiral.

25. ¿Cree usted que lo que escribe J.J. Benítez es literatura de ficción?

La verdad es que no le he leído. Las ciencias ocultas me ponen de los nervios... soy muy descreído.

26. ¿Como ves la idea de incentivar una cultura de CF europea como contrapunto a la dominación anglosajona?

En general, creo que es necesario incentivar una cultura europea en cualquier actividad. Resulta fatigoso ver las películas que nos llegan de Hollywood en el noventa por ciento de los casos... Creo que el propio Hollywood demostró que la diversión inteligente es una posibilidad cierta, y Europa debería apostar por ese camino y no limitarse a obras elitistas. En la cf es el mismo caso: la cf francesa, por ejemplo, está dejando de ser tan plúmbea como resultaba en los sesenta y están escribiendo todo tipo de cosas, desde novelas cultas hasta aventuras espaciales, y con muy buen tino. Y en Italia tenemos el mismo caso.

27. Hola Julian... soy rmartin. Una cosa que siempre me ha parecido curiosa la "eterna" dicotomía entre forma "literatura de ideas" y "FONDO"

Saludos, rmartin. Esa dicotomía tan característica de la ciencia ficción es una falacia total, que habría que desmontar de una vez. Como literatura que es, a la ciencia ficción debería exigírsele una búsqueda de la excelencia literaria. Como subgénero que es con unas características temáticas específicas, para que sea buena la cf debe tener contenidos de interés "de cf". Una cosa u otra por sí solas estarán vacías.

28. Hay una cierta corriente anti-intelectual en el fandom. ¿Cómo se explica usted que personas unidas por la literatura acaben renegando de parte de ésta como "pajas mentales"?

Cualquier mundillo pequeño acoge a un pequeño sector de gente que intenta convertirlo en su reino de Taifas particular. En el caso de la ciencia ficción, hay muchos escritores, editores y lectores que se sienten populares en el mundillo y sienten la inseguridad de enfrentarse a un entorno de mayor tamaño, en el que perderían cualquier protagonismo. Es algo que ha perjudicado a la ciencia ficción en el pasado, pero cada vez hay más escritores y críticos con una buena preparación que pueden dejar en un segundo plano a esos grupos más cerrados.

29. Antes ha hablado del desconocimiento de la ciencia ficción, los comics y el rol. Pero los dos últimos géneros parecen mucho mas conocidos, existen jornadas, salones, etc, y tienen asistencia de público. ¿Existe algún acontecimiento semejante relacionado con la ciencia ficción, o los aficionados están limitados a leer en su casa?

Sí, anualmente se celebra la Hispacón, una convención itinerante que este año se celebra en Alcalá de Henares. Además, existen actos públicos como los que organiza la Semana Negra de Gijón -que este año traerá a excelentes autores extranjeros como Richard Calder, Tim Powers, Andrezj Sapkowski o China Miéville- o la Universidad Politécnica de Catalunya en su entrega anual de premios.

Despedida

Ha sido un placer charlar con vosotros. Para los lectores habituales, un abrazo, y para los que se puedan incorporar a la ciencia ficción, que le den una oportunidad a la antología de cf española o a alguno de los buenos títulos que hemos mencionado por aquí. Un saludo

Jul ián Díez

Julián Díez es un experto en la literatura de ciencia ficción española. Ha sido coordinador de Las cien mejores novelas de ciencia ficción del s.XX , ha creado las antologías Visiones de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción y dirigido la revista Gigamesh. Su última aportación, la Antología de la ciencia ficción española (1982-2002)

AL INDICE

6. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración
escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada.
Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas
que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en
blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el
número del correo atrasado que deseas entre paréntesis a
continuación. Si los quieres todos escribir a continuación
"todos".

Ejemplos: Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)"
obtendrás los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el
asunto "Numeros anteriores todos" obtendrás todos los
números del Disparo en Red existentes.

Al INDICE